



# El Monte Carmelo

REVISTA RELIGIOSA

dirigida

por los

PP. CARMELITAS

Descalzos.

maritima

Virgini

MATER DECOR CARMELI

ora pro nobis

AÑO XI. NUM. 230.

1.º DE FEBRERO DE 1910.



Tipografía de EL MONTE CARMELO-Burgos.

—: SUMARIO :—

¡Pobres niños!, por Fr. Silverio de Sta. Teresa, C. D.....	81
Una poesía de Sta. Teresa de Jesús.....	87
La caridad legal y la caridad cristiana, por Fr. Silverio de Sta. Teresa	88
Un caballero Apóstol.....	100
Nuevos datos sobre los escritos de Fr. Jerónimo de San José, por Fr. Gerardo de S. Juan de la Cruz.....	105
Sección Canónico-Litúrgica, por Fr. Graciano, C. D.....	108
Bibliografía.....	111
Crónica Carmelitana.....	113
Crónica General.....	117

GRABADO

Estandarte del Niño Jesús de Praga.

---

## EL MONTE CARMELO

Sale á luz los días 1.º y 15 de cada mes con aprobación de los Superiores y censura eclesiástica.

**Precios de suscripción:** *En España*, un año, 6 pesetas; medio año, 3'50.—*En el Extranjero*. Un año, 8 francos. Por corresponsal, 6'75 ptas. y 9 francos respectivamente. Número suelto 0'30 ptas.—**Pago adelantado.**

Redacción y Administración: **CARMEN DE BURGOS**

---

## ALTARES, IMÁGENES

Andas, Tabernáculos, Monumentos y toda clase de objetos de arte para el culto divino

ESTUDIO-TALLER de TALLA ESCULTURA y DORADO

DE

**BELLIDO, H. <sup>NOS</sup>**

COLÓN 14.—VALENCIA

---

## SERVICIOS DE LA COMPAÑIA TRASATLANTICA

**LÍNEA DE FILIPINAS.**—Trece viajes anuales, saliendo de Barcelona cada cuatro sábados, ó sean: 1.º y 29 Enero, 26 Febrero, 26 Marzo, 23 Abril, 21 Mayo, 18 Junio, 16 Julio, 13 Agosto, 10 Septiembre, 8 Octubre, 5 Noviembre y 3 y 31 Diciembre.

**LÍNEA DE CUBA Y MÉJICO.**—Servicio mensual á Veracruz, saliendo de Bilbao el 17, de Santander el 20 y de Coruña el 21 de cada mes.

**LÍNEA DE NEW-YORK, CUBA Y MÉJICO.**—Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 26, de Málaga el 28 y de Cádiz el 30 de cada mes.

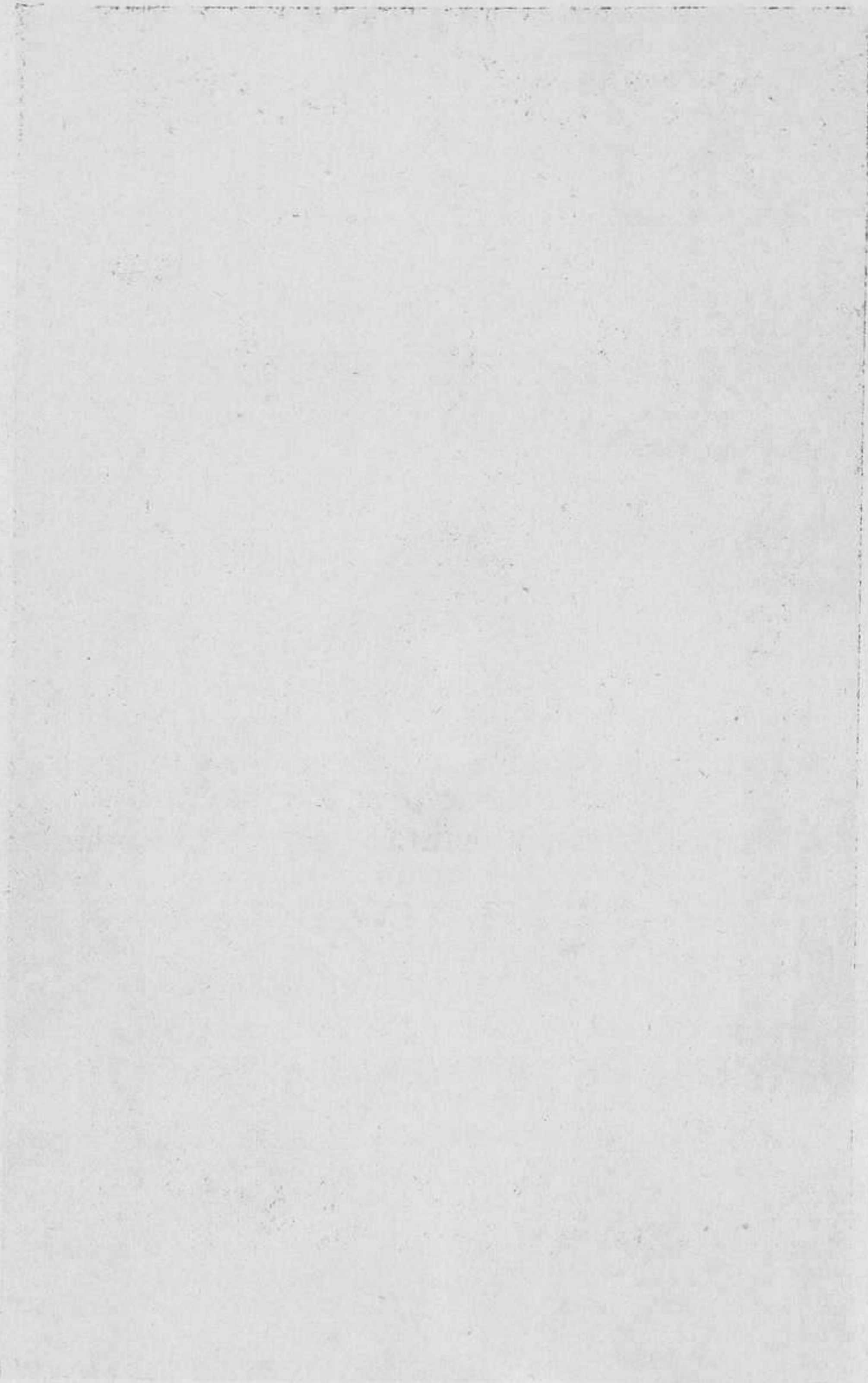
**LÍNEA DE VENEZUELA-COLOMBIA.**—Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 10, el 13 de Málaga y de Cádiz el 15 de cada mes.

**LÍNEA DE BUENOS AIRES.**—Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 3, de Málaga el 5 y de Cádiz el 7 de cada mes.

**LÍNEA DE CANARIAS.**—Servicio mensual, saliendo de Barcelona el 17, de Valencia el 18, de Alicante el 19, y de Cádiz el 22 de cada mes.

**LÍNEA DE FERNANDO PÓO.**—Servicio bimestral, saliendo de Barcelona el 25 de Enero y de Cádiz el 30, y así sucesivamente cada dos meses.

**LÍNEA DE TÁNGER.**—Salidas de Cádiz: lunes, miércoles y viernes: y de Tánger: martes, jueves y sábados





ESTANDARTE DE LA ASOCIACIÓN DEL NIÑO JESÚS DE PRAGA  
ESTABLECIDA EN LA IGLESIA DE LOS  
PP. CARMELITAS DE BEGOÑA.

# EL MONTE CARMELO

REVISTA RELIGIOSA

Año XI

1.º de Febrero de 1910

Núm. 230

## ¡POBRES NIÑOS! <sup>(1)</sup>



REFIÉRESE en el santo Evangelio que predicando Jesús por pueblos y villares de Palestina el reino de los cielos, las madres, con ese certero instinto con que adivinan lo que más conviene á sus hijos, le llevaban éstos para que los bendijera. Cierta día, eran tantas las madres y los niños que querían llegarse á Jesús, que sus discípulos, temiendo algún atropello ó molestia grave para su Maestro, trataron de impedirselo. Mas Jesús se lo prohibió diciendo: «Dejad á los niños que se acerquen á mí; porque de ellos y de los que á ellos se asemejan es el reino de los cielos. Y luego los estrechaba suavemente contra su corazón, imponía sobre ellos sus manos y les daba su bendición» (2). En otra ocasión, preguntado por los Apóstoles quién de ellos sería el mayor en el reino de los cielos, Jesús tomó un niño de la mano y poniéndole en medio, les dió esta hermosa lección: «En verdad os digo, que si no os volvéis y hacéis semejantes á los niños, no entraréis en el reino de los cielos» (3). Frecuentes son en el Evangelio las referencias á los niños, siempre para elogiarlos y proponerlos como modelo de sencillez é inocencia.

La Iglesia, siguiendo fielmente las enseñanzas de su divino Fundador, ha mirado siempre á los niños con amor de madre cariñosa, y, á decir verdad, no ha encontrado en esto grande resistencia de parte de sus enemigos. Ella, que ha sostenido rudas batallas con los negadores de sus dogmas, con los usurpadores de sus derechos, con los violadores de sus preceptos, apenas si ha tenido en su larga

(1) Comprenden estos artículos, fuera de alguna modificación insignificante, la plática que su autor dirigió el día 16 de Enero, fiesta del Dulcísimo Nombre de Jesús, á la Archicofradía del Niño Jesús de Praga, en la iglesia de los PP. Carmelitas de Burgos, la que se dignó presidir nuestro amantísimo Prelado, Excmo. Sr. D. Benito Murua López.

(2) Marc. X, 14-16.

(3) Matth. XVIII, 2-3.

existencia de veinte siglos, oposición seria en su acción benéfica sobre los niños. Reservada le estaba sin duda la lucha para estos novísimos tiempos, en que indiferentes ó enemigos los hombres de las creencias católicas, trabajan con infernal persistencia para que también lo sea el niño. Y nuevos Herodes, arrancan del seno maternal de la Iglesia católica á los pequeñuelos, con la misma violencia, con la misma fuerza bruta que los esbirros del antiguo Herodes arrancaron á los niños judíos de los pechos de sus madres para degollarlos.

Tal vez la lucha contra la infancia es hoy la más formidable; yo al menos es la que más temo. Hoy los enemigos de la Iglesia han escogido por campo de acción la escuela primaria, y por blanco de sus tiros el alma y el corazón de los niños. ¿Sucumbiremos en el combate los que queremos niños cristianos vencidos por los que desean niños ateos? Yo creo que no; yo espero que la victoria final será nuestra, como lo fué del Mesías niño y no del Herodes perseguidor. De todas suertes, la lucha está empeñada y es preciso que la victoria se decida por una ú otra parte de los combatientes. De esta lucha contra el niño cristiano, os voy á hablar hoy, no para reprenderos, antes desde ahora os doy las más rendidas gracias, principalmente á los padres y madres de familia y á los maestros y maestras, que á imitación de las mujeres hebreas habéis traído vuestros pequeñuelos para que los bendiga el milagroso Niño Jesús de Praga, sino para que estéis apercebidos á todo evento.

Y basta ya de exordio; mejor dicho, toda esta plática será exordio del sermón que vosotros, padres y madres de familia, os habéis de predicar. Trataremos de hablar con sencillez, despojando nuestras palabras de todo aparato científico y de todo alarde de erudición, dirigiéndonos á la inteligencia é imaginación de los niños, para que más fácilmente puedan grabárseles algunas de las cosas que pensamos decirles.

\* \* \*

Dicha grande es para mí tener que hablar hoy de los niños; porque confío en que el aburrimiento que con mi vulgarísimo pensar y más ordinario y vulgarísimo decir, habría de causaros, tal vez desaparezca ante la excepcional importancia y viva curiosidad y simpatía que excita en nosotros todo lo que con los niños se relaciona. Esto aquieta mi ánimo, lo alienta y lo sostiene, induciéndole á creer que váis á prestar á mis palabras atención benévola; no por lo que mis palabras valen, sino porque van dirigidas á estas inocentes criaturitas, á quienes todos amamos mucho y nada de lo que á ellas se refiere puede sernos indiferente y baladí. Yo no sé por qué, pero es lo cierto que uno de los amores más tiernos y suaves, y que con más persistencia

cultiva mi corazón, es el amor á los niños, y sospecho que este amor no ha de disiparse nunca, antes me inclino á pensar que se arraiga más en mí cada día, en la misma medida que crece el desengaño de este mundo doble, hipócrita y fermentado.

Y lo que más me admira, es que este amor es desinteresado, y no entran para nada en él cálculos egoístas, ni siquiera lazos de parentesco, afinidades de sangre, ni amistades de familia; nada de esto; yo amo al niño por el niño; yo amo al niño sin saber quién es, ni como se llama; yo amo al niño sin conocer sus prendas ó cualidades, su listeza ó su despejo, sus buenas ó malas formas, su hermosura ó fealdad; yo amo al niño por su sencillez, por su inocencia. El niño me encanta; el niño es para mí mágico talismán que me pone alegre cuando estoy triste, que me calma cuando estoy airado, que me sana cuando estoy enfermo. Y es que, permitidme que os lo confiese, yo soy un fanático, un enamorado de la sencillez, del candor, de la ingenuidad, de la inocencia; y la inocencia, ingenuidad, candor y sencillez, son patrimonio exclusivo de los niños. Cuando de la doblez, falsía y fingimiento con que en el mundo somos tratados, pasamos á la sencilla conversación del niño, parece como que se produce en nuestro organismo el mismo efecto que cuando nos trasladamos de un ambiente corrompido por las fétidas emanaciones de materias en descomposición, á una atmósfera limpia, pura y bien oxigenada. Por eso, yo no comprendo que pueda haber en el mundo un solo hombre que no ame á los niños. Un hombre que no ama á los niños, no es hombre: es un monstruo de la humana naturaleza.

Los mejores ratos de mi vida me los han dado los niños; más que todo el oro del mundo, estimo yo una hora de conversación con un niño. ¡Qué amable ingenuidad en sus preguntas! ¡Qué candorosa sencillez se dibuja en su boquita de rosa y en sus labios de coral! ¡Qué efluvios de inocencia parecen transpirarse de sus ojos azules y de su corazón sin mancha! Nada hay en la tierra que deje tan apacible tranquilidad en el espíritu como la contemplación de un niño inocente.

Y, sin embargo, de hace algún tiempo á esta parte, yo tengo miedo á los niños, yo no quiero pensar en los niños; porque me entristezco, me desazono y hasta me pongo de mal humor. Os lo diré otra vez: me dan miedo los niños. Una noche tuve un sueño que me llenó de terror: yo no creo en sueños; yo no doy fe á los sueños; pero este que digo, me persigue de tal suerte, que no encuentro medio de desecharle. Cuando hace unos días componía yo esta platiquilla, se me ocurrió contárosle; pero me asaltaron al momento graves escrúpulos de si sería ó no oportuno daros cuenta de cosa tan secreta como es un sueño. Mas al fin, después de mucho reflexionar, conocida vuestra paciencia sin límites y vuestra grande benevolen-

cia, me decidí á deponer los dichos escrúpulos y daros á conocer el sueño tal como me ocurrió, con todos sus pormenores y circunstancias. Tal vez con esto consigamos que á mí se me alivie la carga de esta maligna pesadilla, dándoos parte á vosotros, y vosotros hagáis conmigo un acto de caridad tomando gustosos la parte que os ofrezco. Yo así lo espero de vuestros generosos corazones.

Parecíame en este sueño estar mirando por entre las ralas celosías de magnífico colegio un parque grandioso y dilatado, adornado con toda variedad de árboles, plantas exóticas y muchos y muy hermosos macizos de flores. Aguas cristalinas, saltando alegres por elegantes surtidores, corrían por el parque, fecundándolo con sus cristales y conservándolo siempre fresco, lozano y perfumado. Por sus limpios, anchos, suaves y bien sombreados paseos y avenidas, discurrían alegres y retozones muchos niños, saltando unos como inocentes cervatillos, corriendo de flor en flor otros como mariposillas blancas, y todos agradablemente entretenidos bajo la maternal vigilancia de sus maestros. Un sol espléndido de primavera ponía más de relieve la incomparable grandeza, en medio de su prodigiosa sencillez, de este cuadro animado, iluminando aquellas caritas amables, donde los rayos solares parece que se quebraban y descomponían como en prisma de cristal, formando las más caprichosas, variadas y bellas fisonomías. Nada, ni una nube se atravesaba por el hermoso azul del cielo que impidiese al sol alumbrar esta visión maravillosa; ni una idea triste pasaba por el entendimiento de aquellos niños; el dolor, el sufrimiento, el desengaño no habían aún abierto surco en aquellos infantiles rostros, frescos y hermosos como una flor de Abril. En ellos no se dibuja otra cosa que la risa, la risa inocente. Aquello era embelesador; yo no me cansaba de mirar á los niños, que con sus gritos y conversaciones, semejaban á lo lejos una bandada de ruiseñores, cantando y saltando entre las ramas de un bosque de rosales.

De pronto, como por arte de encantamiento, el cielo se cubre de nubarrones, aves de rapiña descienden sobre estos inocentes pajarillos; tigres, lobos y leopardos, agazapados en las espesas matas del parque, salen furiosos, se lanzan sobre los niños y los devoran. Cierta filtro maléfica envenena las aguas, corrompe el ambiente y mata á las pocas criaturitas que se habían librado de las aves de rapiña y de las fieras salvajes. El cuadro ha cambiado completamente de decoración. A la jubilosa alegría ha sucedido el silencio más profundo y espantoso; el silencio de los cadáveres; el silencio de los niños muertos con muerte trágica.

Mi despertar fué pavoroso; aquel espectáculo macabro me llenó de consternación. Yo lloraba inconsolable; lloraba por la muerte de aquellos niños, que por lo mismo que eran niños, lo sentía mucho más; y poseído de horrible vértigo, salí gritando: ¿dónde están los niños?



¡Ay! ¡ya no hay niños! ¡ya no hay niños! Y este grito lastimero repercutía y reproducíase en todas partes, como elegía universal que el mundo entonara á la violenta desaparición de los seres más queridos de la Humanidad.

Triste es decirlo, pero la verdad nos obliga á ello; este sueño tiene visos de realidad espantosa. Yo, no ya soñando, sino muy despierto y puestos los ojos en lo que en el mundo pasa, me atrevo á afirmar que ya no hay niños; y contad que la palabra niño la tomo como sinónimo de inocencia. Hasta hace muy poco, estaban acostumbradas las gentes á ver niños de doce, de diez y ocho, de veinte y más años; hoy tal vez nos cueste encontrar niños de siete. Parece que la inocencia y la razón están reñidas, y apenas despunta ésta, ya huye aquélla á todo huir, como si temiese que el vaho inmundo del vicio había de empañar su blancura. No bien se descubre en el horizonte de nuestra vida la razón, cuando se hunde para siempre ó se esconde por el opuesto lado la inocencia. Sí, este mundo no es ya paraíso de inocencia ni aún para los niños de siete años. Flores de un día que mueren sin haber podido abrir su cáliz á los rayos del sol. Esta civilización sin entrañas que padecemos, ha llegado á corromper lo único que quedaba sano: el niño. ¡Qué repulsivos son esos hombres de ocho años, en cuyos ojos ya no brilla el candor! ¡Qué repulsivas y antipáticas esas mujeres que á los diez ya conocen todos los secretos y refinamientos de la coquetería! Pudiéramos compararlas, como lo hace un autor (Selgas), «á pequeñas y graciosas basijas de barro bruñido en que la civilización va depositando gota á gota el veneno que destila.»

Pero no, no sigamos culpando á los niños de la pérdida de sus mejores encantos; los niños no tienen la culpa. En sú tiernecita edad no cabe discreción ni discernimiento suficientes para distinguir lo bueno de lo malo, cuando lo malo se presenta ataviado con los mejores adornos del bien. El niño inocentemente bebe veneno en la creencia de que bebe miel, y cuando quiere darse cuenta, el mal no tiene remedio; está ya envenenado; ha perdido la salud; ha perdido la inocencia; y la salud puede recuperarse; la inocencia no se recobra nunca. La culpa no la tienen los niños; ¿qué más quisieran ellos que ser felices con felicidad propia de sus años? La culpa la tienen los padres, que no cuidan de sus hijos como debieran.

Los padres se preocupan mucho, tal vez más de lo conveniente, de la salud corporal de sus hijos; examinan detenidamente si el lugar donde han de ser educados está limpio, bien ventilado, espacioso y con todas las condiciones higiénicas modernas, cuya falta pudiera influir en el débil organismo de los niños y quebrantar su salud; pero se cuidan poco, muy poco, de la salud del alma, de la higiene del corazón, harto más necesarias á los niños que la salud corporal. Yo

soy el primero en defender y exigir condiciones higiénicas á los lugares destinados á la educación de la infancia, para que la sociedad no cargue con seres enfermizos, entecos y de ningún provecho; pero ¿de qué le servirá al pobre niño toda la higiene del mundo, si el vicio precoz ha debilitado y gangrenado su sér? La limpieza y un poquito de aire oxigenado ¿podrán librarle de una vida anémica y de una muerte prematura? ¿De qué sirve, madres cristianas, que vuestros hijos corran y se diviertan en hermosos parques, si sobre ellos descenden aves de rapiña, y entre sus uñas se llevan, hecha girones, su inocencia? ¿De qué sirve que aspiren aires puros, si se les propina, envuelto en perversas ideas, infernal brevahe, que mata en sus tiernos corazones todo germen de virtud? ¿De qué sirve que encerréis á esos pedazos de vuestro corazón en jaula dorada, si confiáis su cuidado á milanos rapaces, es decir, á maestros sin temor de Dios, sin religión, sin moralidad, sin pudor siquiera?

De nada de esto tienen la culpa los niños, sino los padres incautos, confiados ó maliciosos, que depositan tan preciosas joyas en ladrones ó robadores de almas, criminales de lesa inocencia, mucho más dañinos y aborrecibles que los robadores de haciendas y matadores de cuerpos. Más daño puede hacer en la sociedad un maestro sectario é impío, que todos esos criminales que la justicia humana encierra en las cárceles por robos, asesinatos y otros hechos semejantes. Para un hombre que en un momento de arrebató mata á otro hombre, tal vez hay suficiente castigo con unos años de reclusión; para un hombre que asesina la inocencia de un niño, no hay castigo bastante á purgar tan horrendo delito; porque mil veces más que la vida corporal vale la inocencia del alma.

FR. SILVERIO DE STA. TERESA, C. D.

*(Se concluirá.)*





## UNA POESÍA DE STA. TERESA DE JESÚS

En la poesía que bajo el número XVIII, publicó D. Vicente de la Fuente en su edición de las obras de la Reformadora del Carmelo, falta un verso, que recientemente se ha encontrado en una copia de algunas poesías de la Santa que se guarda en el Convento de las Carmelitas Descalzas de Florencia. He aquí un traslado fiel de la mencionada copia:

Oy nos viene a redimir  
Un zagal nuestro pariente  
Gil, que es Dios omnipotente  
Por eso nos a sacado  
De prisión á sataná,  
Mas es pariente de Bras  
Y de Menga y de Llorente  
O que es Dios omnipotente  
Pues si es Dios, cómo es vendido  
Y muere Crucificado?  
No ves que mató el pecado  
Padeciendo el Inocente,  
Gil, que es Dios omnipotente.  
No sé para que le piden  
Pues le dan despues tal guerra,  
Mia fe Gil, mejor será  
Que se nos torne á su tierra  
*Si el pecado nos destierra* (1)  
Y está el bien todo en su mano;  
Ya que a venido padezca,  
Este Dios tan soberano.  
Poco te duele su pena  
O como es yerto del ombre,  
Quando nos viene provecho  
El mal ajeno se asconde.  
No ves que gana renombre  
De pastor de gran rebaño;  
Con todo es cosa muy fuerte  
Que muera el Dios soberano.

(1) Este verso falta en todas las ediciones de las Poesías de la Santa Madre.



## LA CARIDAD LEGAL Y LA CARIDAD CRISTIANA

(Continuación) (1)

LX

El fanatismo religioso español en el descubrimiento de América.—Colón protegido por los frailes y la reina Isabel.—Conducta de los conquistadores españoles con los indios: Voltaire, Marmontel, el abate Raynal.—Fray Bartolomé de las Casas: sus obras.—La civilización americana en tiempo de Colón.—Opinión de Andrade y Torres Cacedo.—Costumbres Indias.—Esfuerzos de los misioneros católicos en favor de los indios.—Providencias de los monarcas españoles.—La colonización española fué más humana que la inglesa: Testimonio de Seamán.—Reacción en favor de España: Ortiz, Estrada.



COMO por terreno conquistado entran en nuestra historia la mayor parte de los autores extranjeros que tratan de nuestras cosas, haciéndonos, sin probanzas de ningún género, acusaciones tremendas. Ni siquiera hemos logrado con nuestro actual abatimiento excitar en ánimos extraños esa simpatía que naturalmente se siente por los desgraciados, que habiendo alcanzado posición elevada y próspera, caen rápidamente en el abismo de la miseria. Maltratados tan injustamente como hemos visto en el artículo anterior por nuestra admirable institución del Santo Oficio, todavía se comete con nosotros injusticia mayor, si cabe, cuando se nos afea el haber llevado á la América española nuestro fanatismo religioso, reproducido las procesiones de cirios verdes y paseado por las calles de sus nacientes ciudades, pobres diablos, caballeros en bestia de albarda, con sambenitos, corozas, pregoneros y espantamoscas.

Y menos mal si los enemigos tradicionales de nuestras glorias se ensañasen solamente con la Inquisición y los inquisidores, que, como es sabido, tuvieron su asiento en la ciudad de los reyes, hoy

(1) Véase EL MONTE CARMELO, núm. 266. pág. 891.

capital del Perú. Acostumbrados ya á oír y aguantar los insultos groseros y sandios razonamientos con que por nuestros arraigadísimos sentimientos religiosos nos honran los llamados intelectuales europeos, no abrirían profunda herida en nuestro amor patrio, si no nos tratasen de idéntica manera al hablar de nuestra historia en el Nuevo Mundo. En este punto, no sólo se condena nuestra acción religiosa, sino todo cuanto trabajamos por civilizar aquellos pueblos salvajes, llegando algunos hasta maldecir el descubrimiento de Colón, con ser, como decía López de Gómara, «la mayor cosa, después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que la creó.»

No es posible arrebatár á la España católica la gloria imperecedera del descubrimiento, ya que Colón, aquel hombre *de capa raída* que anduvo mendigando por palacios de reyes y magnates protección para sus vastísimos planes, la hallara espléndida, dados los pocos recursos de que disponían, en oscuros frailes y en una reina, que por su fervor religioso fué llamada *Católica*. Culpa imperdonable que á los liberales de aquella época—si es que entonces había liberales—no les cupiesen en la cabeza los proyectos del inmortal genovés, y que sólo los entendimientos obcecados por el más denso oscurantismo religioso los comprendiesen y secundasen. Como esta verdad es tan clara, menester es confesarla á despecho de todas las prevenciones, odios y malquerencias. Claro está que á nuestros constantes detractores les habría agradado más que la protección al descubridor del Nuevo Mundo procediera de cualquier otra parte menos de los frailes y de una mujer tan católica como la reina Isabel; pero la historia es historia y toda la audacia y habilidad de los incrédulos modernos, no pueden desdecir lo que unánimemente afirmaron todos los escritores coetáneos del Almirante. ¡Quién pudiera arrancar, dirán ellos, esta hermosa página á la España negra de la Inquisición!

Sin embargo, aunque el hecho principal de la historia del célebre descubrimiento no puede negarse, en tal guisa se ha desfigurado, que más que gloria, parece vergüenza y deshonor grande para España. Tantos fueron los abusos que los españoles cometimos en aquellas hermosas regiones, fueron tales las atrocidades á que nos arrastró la sed de oro y el deseo fanático de convertir indios á la fe católica, que más nos hubiera valido no arribar nunca al Nuevo Continente. En ello habría ganado mucho la humanidad y la *civilización indígena americana*. Como España para nuestros adversarios era entonces, como ahora, un hervidero de frailes y bandidos de capa y espada, á las nuevas posesiones no enviamos más que fanáticos é ignorantes misioneros, soldados y matachines, logreros y trapisondistas, robadores de haciendas y violadores de doncellas.

Nuestra crueldad con los desdichados indios que tuvieron la mala fortuna de caer en nuestras manos, llena de indignación á los filántropos que ahora se estilan, que, impulsados por compasión póstuma, rasgan sus vestiduras, y quisieran para universal escarmiento aventar las cenizas de los ingratos conquistadores que tan despiadadamente maltrataron á los nobles y dulces habitantes de América, después de haberles robado el oro de sus montañas y las ricas especias de sus valles paradisiacos. Y para ignominia mayor, duélense de estas inauditas crueldades españolas, los principales autores de la Revolución francesa, cuyo mayor deseo fué ahogar en sangre de reyes, curas y frailes la fe católica, que desde entonces comenzó á llamarse fanatismo; de estos hombres tan *sentimentales* que gozaban contemplando las enrojecidas aguas del Sena, que bien á pesar suyo hubieron de mezclarse con el torrente de sangre humana que descendía del tinglado guillotinesco alzado en la plaza por cruel burla llamada hoy de la Concordia. Dícese que estas hienas lloraban como mujeres cuando leían que algún español había puesto mano airada en las rosadas mejillas de los indios, convertidos por estos revolucionarios en sensibles y delicados *Emilios*. Como desagravio á los ofendidos y desahogo del propio dolor, escribió Voltaire su *Alcira*, ramplona y soporífera novela; Marmontel otra desmayada y afectadísima con el título de *Los Incas*, y el abate Raynal, en colaboración con el barón de Holbach y Diderot, la *Historia filosófica y política de los establecimientos de los europeos y de su comercio en las Indias*, dando bien á entender que las lágrimas que humedecen las páginas de sus obras, son lágrimas de cocodrilo.

Compinche ó testaferro suyo nombraron al bueno de Fray Bartolomé de las Casas, llamado con razón justísima *Padre y Procurador de los Indios*, por los cuales trabajó no poco para librarlos de la rapacidad de los aventureros españoles, cuya codicia no habrían saciado los ricos filones de oro de Ofir y Cipango. No estará demás advertir, para que la extrañeza de ver á un buen religioso del brazo de los enciclopedistas no sea tan grande, que Las Casas, salvando su buena intención, de la cual nadie duda, estaba dotado de espíritu rígido y atrabiliario, de criterio cerrado y estrecho, y subuena disposición para con los indios no le permitió ver en ellos otra cosa que cualidades y virtudes excelentes, que por desgracia no existían, al menos la mayor parte, más que en la compasiva imaginación del Padre. Dominado por la manía constante de favorecer, á veces más de lo justo, á sus queridos indios, lanzó contra los españoles las más violentas diatribas, y aun contra el Almirante formuló cargos no poco graves. Sólo con estos avisos pueden leerse

sus obras, sobre todo su *Apologética historia de las Indias* (1), donde en lenguaje revesado y erudición indigesta, cuenta por menudo inauditas grandezas de los países conquistados. Las obras de Fray Bartolomé de las Casas, apreciables como rico arsenal de noticias sobre el Nuevo Mundo, han servido de pasto continuo á escritores extranjeros, enemigos del nombre español, los cuales se han gozado no poco en ver cómo este fraile nos flagelaba sin compasión. Las relaciones de suplicios y crueldades cometidos por los españoles, que de la pluma de Las Casas salen siempre enormemente abultadas, han servido á maravilla para que en tiempos muy recientes, anduviésemos en toda Europa en caricaturas ridículas, en las que á los españoles, siempre nos toca el oficio de verdugos y de víctimas inocentes á los indios.

De esta desacordada manía de censurar á España, se han contagiado los que debieran mostrarse con nosotros piadosos y agradecidos. Dígase lo que se quiera de la civilización americana, hoy mismo no es más que una prolongación de la europea. En Europa se izó hace siglos el guión de la cultura y en ella continúa y continuará, á lo que parece, por mucho tiempo todavía, aun á riesgo de desmentir las profecías del poeta Andrade, especie de hierofante argentino, que ha predicho para sus paisanos cosas tan estupendas como la dominación del humano linaje, no por la espada y el fusil, propio de bárbaros conquistadores, sino por la superior ilustración y cultura de su pueblo sobre los demás pueblos de todo el mundo. Nosotros, para muchos jóvenes americanos educados en París, no hicimos cosa de provecho en aquellas hermosas tierras que descubrió Colón. Destruímos la civilización azteca, peruana y chibcha. Huaina Capac y Atahualpa sabían harto más que los virreyes que de por acá les enviábamos los españoles. Como los soldados de Atila, lo destruímos todo, no dejando piedra sobre piedra de los grandiosos monumentos y de los palacios encantados de Moctezuma y de los Incas. Por desgracia nuestra, y tal vez para mayor desdicha de los americanos, cuando fuimos á conquistarlos y llevarlos nuestra civilización, vivíamos ya «bajo la sombra enervadora del Vaticano», y la pobre España

Dormía acurrucada

Al pie de los altares

Calentando su espíritu

En la hoguera infernal de Torquemada (2).

La misma indignación contra nuestros colonizadores católicos, agita el estro del colombiano Torres Caicedo, que también consi-

(1) La mejor edición de esta obra es la que acaba de publicar (1909) el Sr. Serrano y Sanz, que forma el vol. XIII de la *Nueva Biblioteca de autores españoles*.

(2) Andrade, *Atlántida*.

dera tiempos de baldón y afrenta los siglos de dominación española, y suspira por el resurgimiento de las antiguas costumbres, por los pontífices de Iraca y por los dioses Chibchacum y Chiminigagua. De nuestra dominación y espíritu religioso abominaban asimismo en Chile, riendo locamente en sus teatros las bufonadas sacrílegas y las poesías pedestres de la española Emilia Hernández, que por aquellas playas fué á lucir sus habilidades escénicas, y el liberalismo pedantesco que demuestran estas estrofas:

Mas no quieras suerte impía,  
 Que esta tierra afortunada,  
 Por el fanatismo hollada  
 Se encuentre como la mía;  
 En tal caso ¡ay! gemiría  
 En llanto y desolación,  
 Presa de la Inquisición,  
 De ese tribunal horrendo  
 El más bárbaro y tremendo  
 Que inventara la opresión.

En suma; nosotros, con nuestro fanatismo, *animalizamos* al indio, y en vez de convertirnos á su civilización, y perseguimos, con el encarnizamiento de un Omar, todo su saber y cultura. Ya lo hemos purgado bien, según estos escritores; pues las tinieblas más densas envuelven hace siglos á nuestra Patria, mientras que los americanos adelantan y progresan desafortadamente, teniendo civilización y cultura, no sólo para ellos, sino hasta para enriquecernos á nosotros, si nosotros fuéramos capaces de aprovecharlas.

Tal vez estos inocentes desahogos de jóvenes de ateneo sean disculpables hasta cierto punto, y lo que es nosotros no hemos de enfadarnos por tan poca cosa, y más ahora que la reacción en favor de España está en vísperas de conseguir completo triunfo sobre las patrañas burdas que hasta el presente han pasado por verdades históricas. Son tan amantes los americanos de sus glorias, les parece su tierra tan encantadora, que algunos, como Chocano, con espíritu poco religioso, yendo más allá de lo justo en la admiración y encomio de ella, llegan á sospechar que si al diablo se le ocurre llevar á Jesús, no al pináculo del templo jerosolimitano, sino á una montaña elevada de América, desde donde hubiera podido ver los rientes valles que á sus pies se dilataban, surcados por los ríos más caudalosos del mundo y hermoeados por perpetua alfombra de verdura primaveral, tal vez habría conseguido derribar por ambición al Divino Maestro. Algo extraño parece que al diablo, según dicen que es de listo; no se le ocurriese lo que se le ha ocurrido al autor de *Evangeleida*. Nada hay en el mundo comparable á *Alma América*; nada más sublime que la visión de los cóndores



en las empinadas crestas de los Andes. Razonable es que se indignen, por lo tanto, contra los que allá exportamos la ignorancia y la barbarie.

Sin embargo, la civilización precolombiana no nos parece tan hermosa como á estos escritores americanos, ni podemos convencernos de que la ahogáramos nosotros en sangre, porque Colón, como sostiene el ecuatoriano León Mera, «mostrara la manera de atravesar el Océano, mas no la de trasladar á esas regiones las simientes de la civilización y las producciones de las grandes inteligencias» (1). Esfuerzos ingeniosos de inteligencia han pretendido descubrir en las teogonías indias—si así pueden llamarse los trazos dispersos, sin conexión ni enlace posibles que conocemos—una Teodicea de tanto valor científico como la de Leibnitz, y disquisiciones teológicas tan profundas como las de Santo Tomás. Quizás por cortedad de ingenio ó flaqueza de entendimiento, no acierte yo á ver las excelencias, por lo visto recónditas, de la civilización anterior á Colón. Llanamente confieso que en los ecos adormecidos de los cantores gauchos y guaraníes de las pampas nada veo que se aproxime á lo que por estas tierras de pan llevar cantaron poetas mediocres; ni puedo creer, aunque mucho lo procuro, que «el poder exterminador de la conquista arrancase el genio poético de los indios»; ni que «el numen de la armonía no pudiese vivir entre los vicios y la depravación de la gente española», como sostiene Mera. Tampoco creo que los discursos de los araucanos, los indios más elocuentes de toda América, fueran modelo de elocuencia, ni que sus famosos tribunos Lautaro y Machimalongo llevaran mucha ventaja á cualquier charlatán parlamentario de nuestros días. Ni en la indumentaria y artes cosméticas tenían grandes exquisiteces, cuando apenas se vestían, y en cambio se pintarrajeaban el cuerpo y embadurnaban la cara con colores y afeites harto desagradables. La tan ponderada condición suave de los indios parece no estar muy conforme con los sacrificios humanos, en que los sacerdotes arrancaban el corazón de las víctimas, por lo general infelices esclavos; menos cuando sacrificaban á dioses golosos, que gustaban más de la sangre de niños y doncellas vírgenes. De la sobriedad en el comer y beber algo podrían decirnos aquellas doscientas mujeres mozas, cada una con un cántaro nuevo lleno de «chicha», licor al que los sacerdotes de los dioses se aficionaban más de lo conveniente, hasta el punto de tener por religión honrar al dios con una cuaresma de borracheras, como se cuenta que hacían los del Perú. Y aquellos otros mexicanos, sacerdotes también, que después de sacrificar esclavos á los ídolos, los cocían, aderezaban y comían como cosa riquísima, fuera de los pies, manos y otras partes más

(1) *Ojeada histórico-crítica sobre la poesía en el Ecuador.*

delicadas del cuerpo, que ofrecían al gran sacerdote y al rey, como bocado más sabroso y estimado. Y luego bailaban delante de sus dioses, y les daban á beber, «remojándoles con vino la boca y las caras», y los más fervorosos se emborrachaban, y «el principal que se *embeodaba*, era el señor y rey soberano y los señores principales de su corte», como dice el buen Padre Las Casas; aunque los disculpa diciendo que lo hacían «por celo de religión» y que «más desmandadas borracheras traían los armenios y medos en las fiestas de Amatide.»

En medicina no andaban muy adelantados cuando sacaban los enfermos á las plazas para que los transeuntes, si por ventura habían padecido el mismo mal, les prescribieran algún remedio. Sus *behicos* ó hechiceros curaban ó trataban de curar á los enfermos con un método harto original, «tomándolos los brazos desde los hombros con ambas manos, estregándolos y soplando, y lo mismo las piernas y por todo el cuerpo, cuasi como que con aquel estreger y soplar echasen el mal fuera.» Aunque también disculpa esto Fr. Bartolomé con ejemplos sacados de Herodoto. En honestidad y limpieza de costumbres tampoco eran modelos. Cuenta Pedro de Cieza en su *Crónica del Perú*, que los caciques del valle de Nore «buscaban por las tierras de sus enemigos todas las mujeres que podían, y los hijos que nacían los criaban con mucho regalo, hasta que cumplían doce ó trece años, y desde esta edad, estando bien gordos, los comían con gran sabor.» Y lo que vió el licenciado Juan de Vadillo de aquel señorete Nabonuco, que con tres mujeres se presentó á los españoles, llevando de la mano á la más hermosa. Y como le preguntase el licenciado «para qué había traído aquella mujer que tenía de la mano; mirándole al rostro el indio, respondió mansamente que para comerla. Vadillo oído esto, mostrando espantarse, le dijo:—Pues ¿cómo siendo tu mujer has de comerla? El cacique, alzando la voz, tornó á responder, diciendo:—Mira, mira, y aun el hijo que pariere tengo también de comer.» En fin, la poligamia y otros vicios eran muy comunes entre los indios, sin distinción de castas ni religiones.

De todo lo dicho, y muchísimo más que pudiéramos decir y nos llamamos, parece inferirse que los españoles no anegamos en sangre la civilización americana; porque nadie puede poner manos estranguladoras en un ser ficticio, existente sólo en la fantasía de algún exaltado vate, como ocurre en el presente caso. Labor más fructuosa que escribir novelas ofensivas á la madre patria, sería confesar con llaneza, como el brasileño Gonzálvez Días, que «las tribus de América á fines del siglo XV eran bárbaras y salvajes, si se exceptúan los mexicanos, chibchas y peruanos, que tampoco estaban muy civilizados.» España, por consiguiente, no sumió á los indios de

América «en el abismo de tinieblas y males, del cual le habían sacado la inteligencia, el raro tino político y la gran fuerza de voluntad de los Incas»; ni «desatamos sobre el Nuevo Mundo una tempestad de vicios y crímenes»; ni «tratamos de aniquilar en todas partes los elementos de vida intelectual»; ni «hicimos desaparecer la cultura de los indios entre el humo de los vapores de la matanza», como se lee en *Cumandá*.

No negamos nosotros ¿para qué negarlo? que pasaron de la Península á América aventureros y ladrones que abusaron de los indios y los explotaron bárbaramente. ¿Cómo no hemos de condenar el mercado de esclavos indios, del abuso de sus fuerzas en trabajos de minas, en el acarreo del vil metal, con que se enriquecieron muchos españoles? ¿Cómo desconocer que el mismo Colón, Pizarro y otros caudillos se engolosinaron con las gruesas pepitas de oro que los indios les ofrecían, y con los criaderos de diamantes y otras riquezas fabulosas, capaces de avivar la codicia y poner en peligro de tentación de avaricia á los varones más santos y desprendidos?

Pero recordando todo esto, no es justo olvidar que España les dió hijos esclarecidos, que llevaron al Nuevo Mundo artes, letras, ciencias, industrias é idioma, haciendo de hombres salvajes y supersticiosos, pueblos civilizados y cristianos. Al lado de las ambiciones terrenas, al lado de los que surcaban el Océano impulsados por la sed de oro, puédense poner infinitos más, cuyo ideal no fué otro que establecer la civilización cristiana, rescatar el gran número de almas que vivían bajo la manía de dioses antropófagos y disipar las tinieblas de una ignorancia brutal y enervadora. El deseo de conquistar el Santo Sepulcro y dilatar el imperio de Jesucristo impulsó á Colón á la más arriesgada aventura que registran historias; la caridad cristiana transportó en las alas de su entusiasmo por hacer bien á todos, infinito número de misioneros, á ignotas regiones, donde hubieron de arrostrar tantos peligros y sostener tan rudos combates contra los traficantes de esclavos y explotadores de los indígenas, hasta fundar las famosas *Reducciones* que tanto han alabado D'Orbigny, Bach, Humboldt y Moeller, principalmente las celebérrimas del Paraguay, «donde los Jesuítas lograron fundar, como dice Simonet, una república cristiana, la más feliz que jamás ha habido en el mundo» (1).

Tampoco nuestros reyes trataron mal á los americanos. Los primeros indios que recibieron el bautismo fueron apadrinados por el rey don Fernando y el príncipe don Juan. Pero quien trató á los indios con afecto maternal fué aquella gran Reina «espejo de todas las virtudes», como la llama Pedro Mártir, «escudo de los inocentes

(1) *Misión civilizadora de la Iglesia católica y de la nación española en el descubrimiento del Nuevo Mundo.*

y freno de los malvados.» Esta mujer extraordinaria, en el lecho de la muerte, recomienda á su esposo y á sus hijos «que no consientan, ni den lugar que los indios vecinos ni moradores de las dichas Indias y tierra firme, ganadas y por ganar, reciban agravio alguno en sus personas y bienes, mas mando que sean bien y justamente tratados. Y si algún agravio han recibido, lo remedien é provean, por manera que no se exceda en cosa alguna de lo que por las Letras Apostólicas de la dicha concesión (del Papa Alejandro VI) nos es inyunjido y mandado.»

Pero donde principalmente se ve el interés y cuidado de nuestros monarcas por las nuevas posesiones de América es en las *Leyes de Indias*, gloria singular de la España colonizadora, en las que se ven amparados los derechos de los naturales é igualados en todo á los hijos de la Metrópoli. No hay nación que pueda presentar á sus colonias un código tan completo, ni que mejor ampare la libertad, la justicia, la religión y la propiedad. A pesar de lo mucho que se ha censurado nuestro modo de colonizar, ni los ingleses, ni los holandeses, que gozan fama de diestros colonizadores, trataron á los pueblos conquistados tan humana y caritativamente como nosotros. Tribus enteras de indios hicieron matar los holandeses, como afirma Gügenberger en su Historia de las posesiones de Holanda. Bien conocidas son las atrocidades de los capitanes ingleses Church y Winslow con los indígenas de la América del Norte, logrando encender allí odio tan profundo de raza, que ha dado lugar á guerras de exterminio, y aun hoy son frecuentes entre blancos y negros las colisiones y linchamientos.

La colonización española y católica sale brillantada y muy hermosa de su parangón con la inglesa y protestante, aunque hasta ahora se venía admirando más de lo debido esta última por el influjo avasallador que ha ejercido el prodigioso desarrollo y prosperidad material alcanzados por los Estados Unidos. El norteamericano Seaman, poco inclinado á favorecer á la Iglesia católica, hablando de nuestra acción colonizadora en el Nuevo Mundo, escribe: «Debemos confesar en honor de las colonias españolas y portuguesas, de sus misioneros, y en general, de la política católica, que ellos conocieron el secreto de transformar las costumbres y el género de vida de más de veinte millones de indios americanos; mientras que los colonos anglosajones y germanos apenas si han ejercido influencia alguna favorable sobre unos ciento veinte mil, únicos restos que quedan de los aborígenes de la América del Norte. Los ingleses, escoceses y alemanes no guardaban consideración alguna, y casi ni sentimiento de humanidad para con los indios; mirábanlos como casta degradada, cuyo trato era para ellos vitando. Los enlaces matrimoniales de entrambas razas, considerábanse como infa-

mantes, y en algunas partes llegaron hasta á prohibirse por ley. Ningún medio se puso en práctica para atraerlos á la vida social de los blancos, reprimir sus costumbres nómadas, é infundirles los hábitos del trabajo, con un sistema moderado y humanamente coercitivo, cual debe aplicarse en la infancia de toda sociedad.

»Las naciones católicas, por el contrario, siguieron una política diametralmente opuesta. Consideraron á los indios como miembros de la familia humana; dotados, por lo tanto, de entendimiento con que perfeccionarse y de alma que salvar. De aquí el no rehusar su trato, elevar las indias á la calidad de esposas de los europeos, dictar unas mismas leyes para blancos y cobrizos, instruirlos en las artes útiles y en la industria, mejorar su condición tanto física como moral, elevarlos en la escala de la civilización, y convertirlos en un pueblo quieto, pacífico y regularmente industrial. En vista de tales resultados, ocurre preguntar: ¿cuál es aquí la política humana y cristiana y cuál la egoísta y desinteresada?

»Con nuestras tan ponderadas instituciones libres y civilización protestante, después de un período de doscientos cincuenta años, no hemos logrado sino civilizar á los cien mil indios que han vivido á cuatro pasos de nosotros; en tanto que nuestros vecinos los españoles, con auxilio del clero católico, por medio de matrimonios mixtos y de un gobierno y legislación acomodados, han sujetado al Evangelio y á vida civilizada á más de doce millones de indios, á quienes han elevado en la escala de la dignidad humana á un grado muy superior al que han alcanzado los de nuestros dominios. En verdad que no tenemos por qué orgullecernos del éxito obtenido en nuestra empresa civilizadora y humanitaria» (1).

Ni vale decir con algunos autores, llevados de un mal entendido americanismo, «que las leyes de Indias, las Ordenanzas de Carlos V, las de Fernando de Aragón y doña Isabel la Católica, eran buenas y protectoras; y que desde que el Papa declaró en una Bula que los hijos de América eran hombres, los reyes de España dictaron leyes para favorecerlos; pero burlándose de esas leyes los colonos españoles maltrataron á los indios, los azotaron, los humillaron y los hicieron trabajar hasta morir, como si fuesen acémilas.» Asegurar que las leyes fueron letra muerta ó papel mojado, que se obedecieron y no se cumplieron, es recurso cómodo pero muy desacreditado. En primer lugar, no resulta poca gloria para los monarcas españoles y su Consejo de Indias que dictasen leyes que á los mismos americanos, enemigos de nuestra dominación, parezcan «buenas y protectoras». Por otra parte, no es presumible que todas las providencias encaminadas al mejoramiento de la América española

(1) Seaman en sus dos obras *Progress of Nations* y *The American System of Government*, citadas por Joung en *Países católicos y protestantes*, etc., c. VII.

quedasen incumplidas; porque esto equivaldría á suponer que los virreyes y todos los demás encargados de velar por la observancia de las leyes, fueron unos bribones que por tres siglos se estuvieron burlándose de ellas, atentos solamente á enriquecerse á costa de los indios, lo que es sencillamente monstruoso; ya que no cabe suponer tanto desbarajuste y administración tan perversa en una nación civilizada y culta, y que tenía, como es notorio, gobernantes serios, capaces y muy honrados. Los castigos impuestos por el gobierno de la Metrópoli á varios representantes suyos en América, prueban que no tenía á ésta tan abandonada como quiere suponerse. El desarrollo lento pero creciente de las colonias, la fundación de hermosas ciudades, la erección de templos y monumentos públicos, notables por su mérito artístico, la apertura de vías de comunicación, los numerosos centros de enseñanza que se abrieron, nos dicen que las autoridades españolas hacían algo más que maltratar indios y llenar de oro sus arcas.

Para protestar contra los abusos, tenían los indios buenos protectores en los misioneros, en aquellos misioneros que, como dice el poeta rioplatense, Zorrilla San Martín,

«Del reguero de sangre hacían  
La primer senda en medio del desierto,  
Y marcaban el sitio  
Hasta el cual penetraba el Evangelio  
Con el cadáver solo y mutilado  
De algún mártir sin nombre y sin recuerdo.»

En aquel clero regular y secular que, según otro americano, «se dedicó al cultivo de la inteligencia, puso en acción el habla y las razones para reducir las almas á la fe, tocó los resortes de la conciencia, despertó los instintos de moralidad, y acertó á consolar con grandes promesas y juntar preciosísimos manuscritos en todo ramo de literatura.» Bien populares son los nombres de Fray Jerónimo de Loayza, Santo Toribio Alfonso Mogrovejo y el P. Las Casas, que á pesar de su carácter recio y entero, nadie se atreverá á negarle corazón compasivo y completamente consagrado al bienestar de sus indios. Y sabido es el respeto y veneración con que nuestros reyes, tan católicos y piadosos, oían siempre á éstos y á otros muchísimos apostólicos varones, que fueron á llevar la civilización cristiana á las bendecidas tierras americanas.

Mucho va ganando la buena causa de España en este litigio que venimos sosteniendo hace tres siglos contra los que no miran bien nuestras pasadas grandezas. Hasta los franceses parecen manifestarse dispuestos á favorecernos, cansados ya de disparatar contra nosotros y de llamarnos neos, retrógrados é inquisidores. Con poca extrañeza, he leído en un libro francés publicado recientemente, «que en la evangelización de los indígenas americanos, efec-

tuada en el siglo XVI, el Episcopado español los tomó bajo su protección»; y que «los mismos soldados españoles, en vez de la violencia, emplearon en este importante negocio de abrazar el catolicismo, el medio suave y eficaz de la persuasión» (1). Hasta los mismos jóvenes, de quienes antes hablamos, que *lucen* sus dotes oratorias en los ateneos de las ciudades más populosas de la América española, sospecho yo que han de cambiar de opinión en favor nuestro, sobre todo si se percatan que algún literato de París ó profesor de la Sorbona, ha tenido la buena ocurrencia y el no pequeño valor de llamarnos á los españoles dulces, afables y simpáticos. Probablemente no se volverán á escandalizar de que una de las inteligencias más claras y mejor cultivadas de que puede gloriarse el Nuevo Mundo, D. Miguel Antonio Caro, haya tributado con inimitable elegancia y pureza de lengua castellana, sinceras alabanzas á la madre Patria, á la Religión y á la Inquisición. Espero que las corrientes de amor fraternal de aquende y allende el Océano, han de ser cada día más intensas, como se patentizará sin duda en las fiestas de la Independencia que en corta fecha han de celebrarse; que, al fin, nos reconciliaremos y acostumbraremos á querernos y ayudarnos, y que todo americano, dirigiéndose á España, tendrá á gloria repetir estos versos de su ilustre compatriota Don José Joaquín Ortiz:

Todo nos es común, su Dios el nuestro;  
 La sangre que circula por sus venas  
 Y el hermoso lenguaje;  
 Sus artes, nuestras artes; la armonía  
 De sus cantos la nuestra; sus reveses,  
 Nuestros también, y nuestras  
 Las glorias de Bailén y de Pavía.

Y con don Santiago Estrada: «Saludadas Cádiz la pulcra, Jerez la laboriosa, Sevilla la poética, Córdoba la morisca, Valencia la fecunda, Barcelona la grande, Zaragoza la heroica, Madrid la histórica y coronada villa, cumple á mi lealtad declarar que América está envanecida de haber tenido por madre á la nación invicta que cantaba lo divino y humano con la lira de Lope y Calderón; pintaba lo místico y lo profano con los pinceles de Murillo y de Velázquez; esculpía el ideal de la eterna belleza con el cincel de Cano y Montañés; fustigaba las costumbres con la pluma de Cervantes y Quevedo, y clavaba el Lábaro del Redentor y la pica de sus soldados en lo conocido y desconocido de la tierra.»

FR. SILVERIO DE STA. TERESA.

(Se continuará.)

(1) *Histoire de l'Inquisition*, vol. I, pág. 99. (París, 1909.)



# UN CABALLERO APOSTOL

## CAPÍTULO UNDÉCIMO

*Recibe el caballero á la dama de su corazón.—Canto á su prometida.—El Yun-Nan.—Retrato del caballero.—Trata en vano de convertir al príncipe Napoleón.—Despedida.—El adiós á su familia: el caballero no derrama lágrimas, pero llora después.—«¡Hemos cumplido bien con nuestro deber!»—Alegrías santas.—Aquí descubre un secreto el caballero.—Primera visita al vapor en Burdeos.—Mare vidit et fugit.—Primeros días de navegación.—«¡Adiós padres!»—«¡Adiós Francial!»*



UESTRO intrépido Caballero no conocía aún la porción de viña á la cual el Divino Maestro le destinaba.

¿Cuándo poseeré á mi prometida?, escribía á su primo en una carta que llevaron sus padres.

¡Ah, en cuanto conozca á mi tribu, á mi desposada, cómo he de escribir para ella algún canto de amor!

Este canto de amor, este epitalamio á nuestra disposición lo tenemos. Rara vez se vió mejor inspirado nuestro poeta. Escuchad este himno rebotando entusiasmo, esta oda magnífica que envía á sus padres, á su primo y á sus amigos, sin variarla apenas, pues el amor, dice al concluir, á uno de ellos, no tiene sino una manera de hablar y repitiéndose sin cesar, no se cansa nunca.

«¡Vive Dios! ¡ya poseo mi reino! ¡tengo en las manos la corona! Si no fuera porque el Señor se complace en obrar maravillas con medios tan débiles y que ha creado los mundos al parecer jugando, estaría alarmado de mi pequeñez. Mas el Salvador se nos muestra tan lleno de bondad, que siento mi corazón rebotando osadía sin igual y exclamo: Abridnos la carrera, dejadnos, pronto entrar en el campo de honor donde luchan nuestros hermanos.

«¡Oh, si nos hubierais visto volar como al asalto, al cuarto del Superior! Eramos dieciocho. El Padre con mirada serena y con mano segura, nos repartía el Oriente y los imperios de Satanás. Envía á las Indias y á China á sus hijos. Con emoción, en silencio, escuchábamos el nombre de las regiones que habíamos de conquistar para Jesucristo.

«Pero me parece oiros decir:—Querido hijo, hermano, primo, ¿á dónde vas? ¿Hacia qué playa lejana vas á dirigir tus pasos? ¿A qué infieles llevarás el Evangelio?... Ya lo veo, tenéis alguna impaciencia por saberlo. ¡Alabado sea Jesucristo! Voy á deciros cuál es de hoy en adelante mi patria, mi amada misión, mi cruzada, mi palestra, mi campo de honor.

—¿Pero á dónde vas y cuál es la parte que te ha tocado?



—¿No lo adivinarás? ¡Ah! ¡Vive Dios! ¡cuán buena es mi misión! es una de las más hermosas del mundo! Montañas de mi nueva patria, sacudid de placer vuestras crestas soberbias y vuestras cimas altivas. Ríos caudalosos que sois como los atavíos y las joyas de mi prometida y el dote magnífico de nuestro enlace, formad majestuosas y sonoras. Valles profundos y frondosos, enviad á mi encuentro vuestros zagales y vuestras tribus, pues con grande amor vengo á vosotros!

•Y vos, padre querido, ¿sabríais con vuestra mirada de águila, medir la altura de mis montañas y la profundidad de mis valladas? Madre querida, ¿imagináis con vuestro tierno cariño, cuál es mi corona? Y tú, primo, ¿no has visto acaso á mi prometida reposar en las llanuras, no la has sorprendido volviendo de caza, bañando sus pies empolvados en las ondas de los torrentes?

•¡No conocéis vosotros mi Yun-Nan!

•¡Yun-Nan! ¡He nombrado á mi prometida!

•La mitad de mis hermanos se ha apoderado de las Indias, la otra se ha repartido la China, y el Yun-Nan es mío. ¡Es la dama de mi corazón! será para siempre mi esposa! Dios me ha tratado como á mi príncipe; la porción de mi herencia es de las más bellas. Tendré que tomarla como el león arrebató su presa, y cuento compartir los despojos con vosotros en el cielo, en compañía de los ángeles.

•¡Oh Yun-Nan! Estoy herido de amor por tu hermosura; tu nombre suena á bárbaro, pero me es ya más dulce que el panal de miel y que la leche de los rebaños! ¡Oh Yun-Nan! ¡Oh Yun-Nan! uno de los cabellos de tu larga y negra trenza ha conquistado ya mi corazón.

•Millares de cristianos forman el collar de tu garganta de ébano, mas ¡ay, dolor! millones de infieles son el ceñidor de tu cintura y el tahalí de tu genio malvado! ¿Envidias quizá á las regiones que te rodean?

•¡Palabra de gentil hombre! Dios me ha tratado como á hijo primogénito y como al valeroso Judá! ¡Hosanna! ¡Cantemos victoria, mío es el Yun-Nan!

Bajando un poco el tono, nuestro caballero continúa en su carta á su primo:

•Esta provincia del imperio chino se halla rodeada por el Tonquín, la Conchinchina, el Kouy-Tcheou, el Kouang-Si y la Birmania; hállase al mediodía del Sut-Chuen y del Tibet. Las religiones que dominan son el Lamanismo y el islamismo.

•¿Piensas acaso que los hijos de Mahoma me mirarán con mejores ojos que sus padres contra quienes pelearon antaño, Godofredo, Tancredo, Ricardo y San Luis? ¡No! ¡hay que dudarlo! Pues bien será una cruzada! Hay allí infieles de la raza de aquellos que aplastó Carlos Martel y que guerrearon nuestros abuelos. ¡Vive Dios y ayúdeme Nuestra Señora! ¡Qué me importa la cabeza con tal que salve las almas! Es preciso que el Yun-Nan me rinda las armas! Haga Dios que diez millones de sus hijos me sigan al paraíso!

•¡Dulce Señor mío, cuán lleno de bondad os mostráis conmigo!

Algunos días más tarde, contesta á sus padres, que le habían pedido algunos datos sobre su misión del Yun-Nan:

•De ninguna manera soy yo el primero ó único misionero en el Yun-Nan; obreros infatigables han venido antes que yo á este campo del Señor; ahora mismo manos más experimentadas y más hábiles que las mías, siegan allí mieses abundantes. Estos héroes han atado en haces á millares de cristianos que reservan al paraíso. Hasta tenemos en el Yun-Nan un Vicario apostólico que es Monseñor Ponsot y su coadjutor Monseñor Chauveau. He oído cosas admirables de este último.

•Echa una ojeada, querido primo, al retrato que envió á mi familia. Uno de nuestros directores, que sabe hacerlo, me ha sacado como por casualidad y desprevenido. No me ha dado lugar para pasar los dedos entre mi negra cabelle-

ra, ni de alisar nn poco el pelo de mi bigote. Me ha cogido en una instantánea, y al poco rato ha encontrado que me hallaba bien plantado. Apuesto que lo miraréis gustoso. Enseñas también mi sombra á los amigos; se alegrarán de verme retratado así. No tenía empeño pero mi pobre madre lo deseaba vivamente.

»He hecho una trastada últimamente, en la cual poco faltó muriera enredado. Ya te lo contaré, pero más vale que el hecho no pase á la posteridad. ¡Ay, no me pillarán en muchos años arrojando las redes de San Pedro en los feudos del príncipe Jerónimo! No digas nada de esto.»

El Caballero hace alusión á un acto de santa osadía, inspirado por un celo más fogoso que prudente. De acuerdo con uno de sus compañeros, se aventuró un día en el Castillo de Meudón, habitado por el príncipe Jerónimo Napoleón, á quien esperaba traer á sentimientos más religiosos.

Los dos conquistadores habian atravesado ya, sin dificultad, los pasillos y salones que conducían á la habitación del príncipe, cuando un ujier les cerró el paso: «¿Caballeros, tienen Vdes. una tarjeta de audiencia?—Nó, contesta Godofredo, pero traemos una cuestión importante: ¿se trata de la salvación del príncipe!» Después de algunas preguntas, el ujier, viendo de qué clase de salvación se trataba, despidió con poca cortesía á los jóvenes y vino á quejarse al Superior del Seminario de la indiscreción de esta tentativa.

Por fin desaparecieron todos los obstáculos. El capitán comunicó la noticia de que el 30 de Agosto su navío se hallaría listo para salir de Burdeos. Los diez y ocho apóstoles dejaron á París el 27 al anochecer. A la mañana del día siguiente, la familia Chicard hallábase en la estación de Poitiers: el padre, la madre, el hermano, las tres hermanas y el primo.

La portezuela del coche se abrió. Nuestro Caballero, bajó el primero. «Le estoy viendo, aún ahora, nos relata su hermano, le estoy viendo, la frente erguida y la mirada guerrera. Atravesó el andén y vino al salón de espera donde nos hallábamos reunidos. Nos abrazó á todos con ternura y á mi madre más apretadamente que á los demás. ¡Necesitaba ella tanto de su consuelo!

»Los diez y siete compañeros de mi hermano se reunieron con nosotros en breve; conocían todos ellos á mis padres á quienes habían visto recientemente en París.

»El jefe de la estación, los empleados y aún los viajeros notaban que sucedía algo insólito. Preguntábanse unos á otros quiénes eran aquellos jóvenes de aire tan decidido. Pronto averiguaron que eran misioneros que partían para la China y que uno de ellos se despedía para siempre de su familia. Todas las cabezas se asomaban á las portezuelas, todas las miradas se fijaban en aquella escena, sublime, en medio de su sencillez. Llorábamos nosotros. Mi madre y mis hermanas prorrumpían en sollozos. Sobre todo, le daba grande pena ver á Radegunda. ¡Pobrecita! ¿Adivinaba acaso que aquella separación presagiaba otra no lejana? ¿Tenía tal vez el presentimiento que aquel primer vacío en nuestra familia era el preludio de otro que su partida para el cielo iba á causar poco después?

»El tren sólo paraba doce minutos y los instantes transcurrían con rapidez. Todos mirábamos á nuestro hermano hechos un mar de lágrimas. Cada cual procuraba fijar para siempre dentro de su corazón, las facciones de aquel rostro varonil que no volveríamos á ver más acá bajo. De repente se oye la campana.

»Hizose gran silencio. Mi hermano se arrodilló. ¡Oh, padre mio, oh madre, bendecid á vuestro hijo por última vez! Entonces, dando profundos suspiros, mis padres extendieron la mano. Caímos todos de rodillas; y él, elevando los ojos al cielo, hizo bajar sobre mis padres y sobre nosotros una bendición de lo alto. El se marchó enseguida muy pálido pero sin derramar una lágrima,

á tomar su asiento en el vagón. Sus amigos le siguieron. A todas las ventanas del tren se asomaban caras conmovidas y casi todos los empleados lloraban muy enternecidos.

»Nosotros le seguimos en el andén. El silbato anunció la marcha. El tren echó á andar. Mi hermano permanecía en pie en la portezuela, dirigiéndonos una mirada postrera, mientras que con un dedo nos señalaba el cielo, ¡el *rendez-vous!* La misma actitud guardó todo el tiempo que nuestras miradas pudieron seguirle hasta que desapareció. El sacrificio estaba consumado.»

«¡Qué escena, Dios mío!, añade otro testigo, el abate M. Bonnin, cura párroco de Charrouse. Nunca había derramado tantas y tan dulces lágrimas. ¡No sabía qué admirar más, si el heroísmo de nuestro amigo, ó la generosidad y resignación admirable de familia tan cristiana!»

Dueño de sí durante toda esta escena y dominando su corazón, Godofredo fué vencido al fin por la naturaleza. Cuando el tren entraba en el túnel de Blossac, el joven, que había perdido de vista á su familia, sentóse, y sepultando su rostro entre sus manos, renovó su ofrecimiento á Dios. Lágrimas abundantes corrían de sus ojos. Sus amigos respetaron su dolor y su silencio. El fué quien le rompió primero:

«¡Viva Jesucristo! exclamó dirigiéndose á sus hermanos, y que nuestra Señora nos acompañe!»

Esta separación nos trae á la memoria al señor de Joinville á punto de partir con San Luis y diciendo á sus vasallos. «Señores, yo me marcho á Ultramar y no sé si volveré. Si os he perjudicado en algo, os ruego me perdonéis. Luego me fuí, y no volví ya más los ojos hacia Joinville, porque no flaqueara mi corazón dejando mi hermoso castillo y mis dos hijos.» *Historia de San Luis, XXV y XXVII.*

Apenas llegado á Burdeos, felicita á sus padres por su heroísmo en estos términos:

Burdeos, 31 de Agosto de 1858.

«Todos hemos cumplido noblemente la voluntad de Dios: alegrémonos ahora. Cada vez que el recuerdo del sacrificio se presente á nuestra memoria, no tengamos pesar de ello. La naturaleza, en nuestra corta entrevista, no ha podido menos de verse dolorosamente probada, mas habéis sabido resistiros admirablemente.

»¡Ea, queridos padres! haced que renazca en vuestras almas la alegría. Mi partida no es de aquellas que deban poner sombríos vuestros rostros, ni abatir vuestros corazones; todo lo contrario, debéis tener en ello cierto orgullo y alegría santa.

»Os voy á descubrir sobre este punto uno de mis secretos. Cuando se me presenta una pena y la naturaleza se ve abrumada, mi plan siempre ha sido fortalecerla por otro cabo y no sofocarla, como hacen algunos, por todos sus extremos. Por ejemplo: ¿estoy triste? lo que me sucede rara vez; pues bien, fumo, me paseo, procuro divertirme más que nunca; hasta echo un traguillo de vino que en otros tiempos sería supérfluo. ¿Estoy acaso enfermo? de lo cual Dios me libra generalmente; entonces me animo con buenos pensamientos, traigo á la memoria á los santos, los héroes, los paladines, San Luis, Godofredo y tantos otros. Me propongo con el favor de Dios entrar en su compañía; en una palabra, hacer siempre su santa voluntad. De esta suerte todo va bien. Hay personas que, al contrario, si están afligidas por cualquier cosa ni comen ni beben, ni ríen ni cantan, ni tratan en manera alguna de distraerse; hácense diez heridas por causa de una sola....

»Fuimos ayer todos juntos á visitar los dos barcos que nos han de llevar á través de los mares. Fué para mi un espectáculo maravilloso. Al contemplar el puerto lleno de navíos y cubierto de mástiles y jarcias, parece uno estar

viendo un bosque de árboles desnudos cuando el viento glacial del invierno ha llevado sus hojas.

•Nuestros dos bajeles "Le Syngapore" y "Le Saint-Louis" son muy hermosos y aparecen sobre las aguas del Garona, entre mil otros, como dos gigantes.

El "Syngapore" era un barco de vela. Nuestros misioneros salieron de Burdeos el 2 de Setiembre y por falta de viento favorable, el 10 hallábanse aún en Pauillac, á la embocadura del Gironda. «Nuestro bajel, escribía á su familia el caballero, en su lenguaje bíblico, después de haber tocado la arena de los mares, se ha retirado ante la violencia de sus aguas. Le hubierais visto, cual un gigante avanzar, la frente erguida y las velas desplegadas al viento, como para medir las fuerzas de su adversario y enseguida huir despavorido. *Mare vidit et fugit*. Y de hecho, preciso ha sido volver atrás.—Conque piloto ¿tendremos pronto buen viento? pregunta el capitán—"*Fannt espérer*" capitán, responde finalmente el viejo marino. *Espérer*, que en lenguaje de mar significa aguarde. Permanecíamos, pues, estacionados esperando levar anclas, alzar velas y darnos al mar, que una brisa favorable soplara.

•Puesto que tengo tiempo, añade, voy, mis queridos padres, á hablaros de los espectáculos magníficos del mar. ¡Cuán misterioso y grande es todo esto! Estas olas tumultuosas, el silbar del viento en las jarcias del navío. ¡Oh, en verdad, eleva grandemente el alma! La santa misa, sobre todo, celebrada sobre esta arca flotante que no oyó jamás sino las voces roncadas de los marineros y á veces ¡ay! sus amenazas y juramentos; el *Ave Maris stella* cantado á la caída de la tarde por los misioneros; las alabanzas á Nuestra Señera, esparciéndose sobre las ondas como aceite, ¡cuán bello, cuán grande es!

•No es ésto lo único que nos impulsa á obrar bien, pues considerad, queridos padres, á estos pobres marinos; hélos aquí á estas horas encaramados en las jarcias, entre los mástiles y las vergas; llevan una vida de peligros para el cuerpo y para el alma. ¿Con qué fin? ¡Dios mío! Yo no lo sabré decir, y apenas lo saben ellos mismos. Harto distinto es el nuestro, que nos dirigimos á la pesca de las almas y vamos á pedir á Jesús nuestra parte de paraíso.

•Está bien, me decís; pero aparte de todo esto, ¿cómo estás, cómo te encuentras? ¡Oh! palabra de caballero! me hallo admirablemente. Me conocéis lo bastante para saber que mi corazón y temperamento son de buen temple para soportar esta travesía. Nos hallamos además rodeados de buenos compañeros.

•Ahora sopla brisa favorable. Se levantan anclas, el buque se pone en marcha y me apresuro á cerrar esta carta, no sin recordar todas las buenas palabras que os he podido decir antes, todas las caricias y protestas de cariño filial que os he hecho en mi vida, pues mi corazón es siempre el mismo. La distancia que nos separa lejos de disminuirle, aumenta el amor que os tengo. Yo no os escribiré en varios meses; mas no tenéis por qué afligiros.

•¡Adiós, queridos padres! no tengáis cuidado alguno por mí. Sabéis que no caerá un solo cabello de mi cabeza sin la permisión de Dios Nuestro Señor. ¡Animo, ánimo! Seamos grandes y nobles de corazón. ¡Vamos, hermanitas, elevad bien alto vuestras almas queridas, para que nada mezquino ni estrecho entre en vuestros corazones; no fijemos los ojos más que sobre las cosas celestiales. De este modo nuestro «rendez-vous» en el paraíso está asegurado..... ¡Adiós, adiós! Os abrazo con todo mi corazón.

•Saludad en mi nombre á todos mis parientes y amigos de Francia.  
Vuestro hijo amantísimo

CHICARD, *Mis. apost. en el Yun-Nan.*

(Se continuará.)



## Nuevos datos sobre los escritos de Fr. Jerónimo de San José



UNA de las más bellas y simpáticas figuras de la Descalcez Carmelitana es, á no dudarlo, Fr. Jerónimo de San José. Poseyó este religioso, además de grandes virtudes, otras muchas cualidades que le hacen recomendable en gran manera. El fué excelente poeta, crítico de primera nota, historiador diligentísimo, y erudito en toda clase de conocimientos. El escribió, entre otras muchas obras, el «bellísimo» Genio de la Historia (1), libro que le ha merecido tantas alabanzas, (2) y por el cual ocupa un puesto muy elevado en la república de las letras patrias.

Siendo tantos los méritos del ilustre carmelita aragonés juzgo que es obligación de todo el que descubriere algunos nuevos datos, acerca de los escritos que salieron de su aurea y bien cortada pluma, el darlos á conocer al público; y esto no ya á fuer de amante de las glorias de la Reforma de Santa Teresa, sino también del saber patrio. Y he aquí juntamente la razón y el fin á que se endereza este artículo, cuyo mérito no sería pequeño, si consiguiera mover á otras personas á trabajar por sacar del polvo del olvido tantas glorias españolas como en él yacen sepultadas.

Dos Vidas escribió Fr. Jerónimo de San José del primer Carmelita Descalzo; la primera no es más que un *Dibujo*, como le intitula su autor; la segunda, que se publicó en 1641, es ya un cuadro acabado y perfecto. Esta Vida, á pesar de lo voluminosa que es, pues consta de siete libros, no está, sin embargo, acabada, le falta una cosa. Solían entonces los historiadores, tanto de buena como de mala nota, cuando escribían por extenso la Vida de algún Santo ó de cualquiera persona virtuosa, dedicar un libro entero de su obra á referir sus virtudes. Testigos de esto, por no citar otros, el P. Ribera, el P. Yepes y el P. Ribadeneyra; los dos primeros en la Vida de Nuestra Madre Santa Teresa, y el último, en la de San Ignacio de Loyola. En la referida obra de Fr. Jerónimo de S. José no se halla tal libro. ¿Cómo se explica esto? ¿Será que dicho historiador, como maestro consumado, quiso abrir y seguir nuevos derroteros en el arte de historiar? Nada de eso; Fr. Jerónimo no se apartó en esto del camino trillado, y así dedicó un libro de su historia á narrar en particular las virtudes de Nuestro Padre San Juan de la Cruz. ¿Pues dónde está ese libro, que en su obra no

(1) Este calificativo le da Menéndez y Pelayo *Histor. de las ideas estet.* tomo 2.º vol. 1.º al fin.)

(2) Puede verse el autor citado en la referida obra, y Cánovas del Castillo en su contestación al discurso que pronunció el Señor Silvela cuando ingresó en la Academia.

aparece? ¿Qué se hizo de él? ¿Cómo no salió á la luz pública? Espera un poco, lector paciente, y satisfaré tu curiosidad.

Obedeciendo á las leyes canónicas, una vez terminada su obra (ó muy próxima á la conclusión) la presentó Fr. Jerónimo de San José á la aprobación de Nuestro Definitorio General, y éste, para proceder con acierto, comisionó á algunos religiosos doctos para que la leyeran con atención, y le dieran su parecer, y le advirtieran de las correcciones que era necesario introducir en ella. Los Religiosos susodichos, cuyos nombres ignoramos, dieron su Censura conforme al mandato del Definitorio General. La Censura de uno de ellos tengo original en mi poder, y élla es la que me va á servir para responder satisfactoriamente á la cuestión arriba propuesta, y para dar algunas otras noticias importantes acerca de la obra de Fr. Jerónimo. Daré primero estas noticias, extractando muy á la ligera la Censura, y después trataré del libro que buscamos.

Empieza el Censor su crítica afirmando que *absolutamente la obra de Fr. Jerónimo está muy bien escrita*, y que el autor ha descrito los hechos y virtudes de Nuestro Santo Padre *con elocuencia y dulce estilo*. Después que ha hecho este juicio tan acertado acerca de la obra en general, pasa á notar las cosas que á su parecer se debían de corregir. El título es lo que primero censura: «Primeramente, dice, se advierte el título que dice: *El Carmelita Descalzo*, parece poco grave, y así sería bien empezar: *Historia etc.*» En esto fué oído su parecer. Fuera de ésta, hace otras seis advertencias en el primer libro de dicha Historia, cuatro de las cuales son de escasísima importancia; y así las dejaremos á un lado, y trataremos solamente de las otras dos, que son como siguen:

«*Lib. 1.º cap. 12. 13. per totum.*»

«*Fué confirmado en gracia como los Apóstoles.*»

Sobre esta proposición, después de exponer la doctrina teológica acerca de la confirmación en gracia, hace el Censor la siguiente advertencia: «Ya esta proposición corre impresa de N. V. P. Fr. Juan de la Cruz en el Dibujo, pero como esta es materia tan grave, no se puede afirmar sin graves fundamentos, y especialmente son menester más graves para el *ádito* «como los Apóstoles» porque suena confirmación con especial excelencia y acompañada de singulares dones que se dieron á los Apóstoles cuando fueron confirmados en gracia (1). Los fundamentos pone el P.<sup>o</sup> en el capítulo trece, y así pido á V. Ras, Padres Nuestros, se lea para que v. r. s. juzguen si son suficientes, ó no. Y el correr sin ofendículo en el Dibujo, no es fuerte argumento, por ser estotro libro más grave, y en que se esperan los fundamentos; y como nos miran tantos ojos, es menester mirarlos mucho.» Esta advertencia es muy digna de notarse, no tanto porque nos descubre que había entonces en nuestra Orden hombres de crítica tan severa como el autor de esta censura, cuanto que por ella venimos á descubrir

(1) Claramente se ve que la intención de Fr. Jerónimo sólo fué traer un ejemplo de confirmación en gracia, y echó mano del de los Apóstoles porque fué el primero que le ocurrió; mas de ningún modo quiso, ni le pasó por las mientes, decir que Nuestro Santo Padre, cuando fué confirmado en gracia, recibió las mismas gracias que los Apóstoles, cuando recibieron tal favor.

que en la Historia de Nuestro Santo Padre se introdujeron importantes reformas. Dice el Censor que Fr. Jerónimo trataba de la confirmación en gracia del Santo en el capítulo 12, y en el 13, aducía las pruebas de tal hecho. En la obra impresa se trata de todo esto en el capítulo 7.º. Pero pasemos á la siguiente advertencia, y se nos descubrirán más estas mudanzas.

«Capítulo 19 del libro 1.º cuyo título:

*Pondera el V. P.º la dificultad de la Reforma.»*

«Este capítulo no parece muy necesario, y parece toca algunas cosas de que se pueden sentir los padres Calzados, y así yo fuera de parecer se resumiera mucho y se pusiera por fin del pasado, pues todo él más toca contemplaciones del autor, que punto de historia. Aunque estas contemplaciones son admitidas en historias de todos, pero cuando tocan á terceros se sienten, lo cual no hay fundamento de hacerlo (el sentirse) cuando es mera narración como hace en estas contemplaciones, que si es muy verosímil pasaran por el Santo, puede ser que no, y quien lo lee más lo hecha á buena gana de decirlo del historiador, que no á que ello fuese así en hecho de verdad, pues es cierto, el Santo no dejó escritos estos sus sentimientos» (1).

En la precedente advertencia apunté una noticia acerca de las mudanzas hechas en la obra de Fr. Jerónimo, y aquí viene bien el completarla. Según vimos allí, el capítulo 12 y 13 se redujeron á uno solo en el impreso, que es el 7.º Aquí vemos que al capítulo 19 y muy probable también al 20 corresponde el 11 de la obra según la tenemos impresa. Pero hay otra noticia más importante, y es, que el primer libro contenía en un principio 21 capítulos, y hoy día solo contiene 12. ¿Qué se hizo de los restantes? Dos, como acabo de decir, se unieron á otros. ¿Se hizo con los siete que restan lo mismo? ¿Se suprimieron por ventura? No lo sé, porque en la Censura nada de esto se dice, ni siquiera se insinúa.

Un solo reparo pone el Censor en el libro 2.º y es, que el capítulo donde se trataba de cómo N. S. P. y sus compañeros mudaron nombres y apellidos, le parecía muy largo; y sobre esto hace esta juiciosa observación: «Los historiadores sienten les quiten estas ocasiones de ostentar erudición, aunque de ordinario más cansan con esto que se acreditan.» El parecer del Censor debió de ser atendido, pues hoy día dicho capítulo no es muy largo, y eso que se le unió al anterior que trataba de la renuncia que hicieron los primeros Descalzos de la regla mitigada. En este libro 2.º también se debieron hacer, además de esta unión, otras, ó quizás supresiones de capítulos, pues el 6.º de la Censura corresponde al 3.º de la impresión.

FR. GERARDO DE S. JUAN DE LA CRUZ, C.D.

*(Se concluirá.)*

(1) La crítica desenfadada y severa que aquí usa el Censor no puede menos de ser alabada. Ni siquiera una vez permite que el historiador ponga en boca de Nuestro Santo reflexiones que, aunque muy verosímiles, no sabemos si de hecho las haría. Es tanto más digno de alabanza el Censor, si se considera que existía entonces tanto entre buenos como entre malos historiadores el mal gusto (aunque fuese de abolengo clásico) de llenar sus historias de discursos y arengas que ni siquiera soñaron las personas en cuyas bocas las ponían.



## SECCION CANONICO-LITURGICA <sup>(1)</sup>

### El Sacerdote delegado en la celebración del matrimonio



El Párroco y el Ordinario asisten por derecho propio á los matrimonios que los fieles contraen dentro de la demarcación territorial de sus respectivas diócesis ó parroquias; pero, contra lo decretado en materia de esponsales, pueden también delegar sus veces, según dispone el «Ne temere» en su artículo III, y nosotros lo dijimos en el número 207, página 148, de «El Monte Carmelo,» para todos aquellos casos en que el dicho Sacramento se celebre dentro del territorio de sus diócesis ó parroquias propias.

El artículo que comentamos, sexto del Decreto, no trata, por tanto, de la facultad que el Ordinario de la diócesis, lo mismo que el Párroco del lugar, tienen para delegar en un sacerdote cualquiera, no impedido por otro concepto, el derecho de autorizar en su nombre los consabidos matrimonios, sino más bien de las condiciones en que, para que sea lícita y válida, puede y debe hacerse la delegación.

Dice, pues, así el artículo VI:

«VI.—El Párroco y el Ordinario del lugar pueden dar á otro Sacerdote determinado y cierto, la autorización para asistir á los matrimonios dentro de su territorio; pero este delegado, para asistir válida y lícitamente, ha de de circunscribirse á los límites de su delegación y á las reglas establecidas antes en los artículos IV y V para el Párroco y Ordinario del lugar.»

Tiene el artículo transcrito dos partes: la primera trata de las condiciones que debe reunir la delegación hecha á favor de un Sacerdote no propio para autorizar el matrimonio canónico; señala la segunda las condiciones que se requieren para la válida y lícita ejecución de la jurisdicción delegada.

Debemos examinar en la primera parte los cuatro puntos siguientes, á saber: la persona del delegante, la persona delegada, el lugar en que se debe ejecutar la facultad delegada, la misma delegación.

(1) (Cfr. núm. 224; pág. 828 et seqs.)



a) *La persona del delegante.* El derecho de delegar correspondía en otro tiempo al Párroco ú Ordinario propios de los contrayentes; pero desde que el «Ne temere» empezó á estar vigente, ese derecho corresponde, no al Párroco ú Ordinario propio, sino al Ordinario ó Párroco del lugar en que el contrato matrimonial se celebra, pues sólo ellos tienen jurisdicción en la presente materia.

Y si bien algunos coadjutores, como los llamados Tenientes mayores en Madrid, tienen el carácter de delegados *ad universitatem causarum*, lo que, según los principios generales de Derecho, lleva consigo la facultad de subdelegar; pero como en esta materia de matrimonios, al poner el Concilio de Trento la cláusula de inhabilidad para los contrayentes, dijo de un modo taxativo que todo matrimonio no celebrado ante el Párroco ó Sacerdote *de licentia Parochi, seu Ordinarii* era nulo, la doctrina canónica corriente, á la cual se acomoda este artículo, es que nadie, fuera del Párroco ú Ordinario, puede conceder la delegación para el matrimonio (Cfr. Aguilar Jiménez, loc. cit., pág. 73).

b) *La persona delegada.* En la presente materia, la persona delegada es siempre un Sacerdote; jamás un diácono ú otro Clérigo, por prescribirlo así el Tridentino junto con el Decreto que comentamos: «Vel alio sacerdote, de ipsius Parochi seu Ordinarii licentia.» «Sess. XXIV de Reformat. matrim., cap. 1.); «Vel sacerdote ab alterutro delegato», «alii sacerdoti determinato ac certo», según dice el Decreto. (Cfr. «El Monte Carmelo», núm. 207, pág. 148).

Para la validez de la delegación no basta que el delegado sea Sacerdote; es, además, indispensable que sea un Sacerdote determinado y cierto: «sacerdoti determinato et certo». Por falta de estos requisitos dejará de ser válida la delegación:

1.º cuando la delegación se hace en varios sacerdotes *per modum unius*, como si un Párroco dijese que autorizaba para asistir á los matrimonios á todos los sacerdotes que celebren misa en su Parroquia;

2.º cuando la delegación recae en uno solo; pero dejando el señalamiento de ese uno al arbitrio ó gusto de otros, v. g. los mismos esposos; pues la delegación debe ser particular, concreta y que determine al Sacerdote por su nombre, cargo ó cualidades personales;

3.º cuando exista alguna duda respecto á la personalidad del delegado, no conocido con seguridad por alguna de las circunstancias mencionadas. «Si alguna familia, dice á este propósito el Sr. doctoral de Madrid, Aguilar Jiménez (loc. cit., pág. 74) pide al Párroco que delegue para el matrimonio á un Sacerdote convecino suyo, del cual no saben su nombre, cargo y circunstancias, la delegación que se diese en estas condiciones sería nula, y sin ningún efecto.»

Es, pues, requisito indispensable para la validez de la delegación que no quepa duda alguna respecto á la personalidad del Sacerdote delegado que debè ser conocido por el nombre, cargo ó cualidades personales que concurren en su persona; circunstancias que existen en los casos siguientes:

1.º cuando el Párroco ú Ordinario delega sus veces en un Sacerdote á quien señala con su propio nombre y apellidos;

2.º cuando, prescindiendo del nombre y apellidos, se señala al Sacer-

dote por el cargo que ejerce, v. g. el Párroco de tal parte, el coadjutor de N., al capellán de C., etc.

Nótese que el Ordinario y el Párroco pueden nombrar delegado con la facultad de subdelegar; pero siempre bajo las condiciones señaladas en el Decreto, á saber: que el Sacerdote sea determinado, etc.

c) El requisito tercero y último que el Decreto presente exige para la validez de la delegación es que el Sacerdote delegado proceda á ejecutar la delegación recibida dentro de los límites territoriales del delegante, ni más ni menos que si fuera el propio Párroco ú Ordinario, esto es, dentro de la parroquia, si el delegante es Párroco, dentro de la diócesis, si el que otorga la delegación es Ordinario (Cfr. «El Monte Carmelo, núm. 212, pág. 349), resultando, por tanto, que el Sacerdote que tuviese la delegación en debida forma, pero que intentase autorizar el matrimonio fuera del territorio del delegante, no daría validez al contrato sacramental intentado.

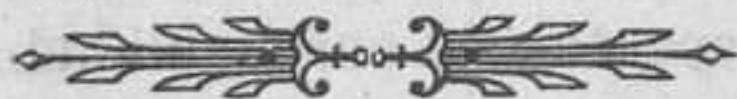
d) *La delegación.* La delegación de que venimos hablando puede ser, como en otro tiempo, expresa ó tácita, sin que, según todos los intérpretes del «Ne temere» baste la presunta. No es tampoco de necesidad, pero sí conveniente, que la delegación se dé por escrito.

Creemos oportuno transcribir aquí el número 308 de «Los Esponsales», etc. Dice así: «Apenas puede ya tener lugar, como antes, el caso, de nulidad del matrimonio cuando el Párroco ú Ordinario, que puede autorizar el matrimonio, saben que éste se celebra delante de otro sacerdote, y callan creyendo que tal sacerdote tiene derecho de asistir. En este caso, si ocurriese, el matrimonio sería nulo, si el tal sacerdote en hecho de verdad no estuviese facultado, aunque él lo creyera de buena fe y aunque el Párroco ú Ordinario propio hubieran estado prontos á conceder la delegación, si hubieran sabido que era necesaria. Tendríamos aquí un error particular, pero no una delegación tácita.»

Aunque no es de necesidad, á lo menos mientras no exista error sustancial en el delegante, que la delegación sea espontánea y libre, lo es sin embargo, que el delegado proceda, como debe proceder el delegante, invitado, rogado, libre de miedo grave que pueda obligarle á presenciar el acto de la celebración del matrimonio.

Una vez aceptada la delegación, lo que es de rigor no tratándose de un súbdito del Párroco ú Ordinario delegante, el delegado debe cumplir con todo rigor las condiciones que señala la segunda parte del artículo, objeto de este comentario.

FR. GRACIANO, C. D.





## BIBLIOGRAFIA



**Homilías apologéticas ó refutación de las objeciones más comunes contra la religión, traducidas del italiano por Agustín Piaggio, Capellán de la Armada Argentina.** Como se desprende del título del libro, no es un cuerpo de doctrina predicable que exponga con trabazón de ideas y de lógica los preceptos y leyes de nuestra santa religión, sino contestación y defensa de sus puntos más frecuentemente atacados por la impiedad. Por su carácter de controversia popular sirve para prestar armas al predicador evangélico cuando debe contestar á los sofismas de la incredulidad que le salen al paso, y más que al orador es de utilidad para catequistas y conferenciantes en centros de propaganda. El estilo á fuer de llano y familiar, es lánguido, y las contestaciones son breves. Entra á formar parte de la *Librería Católica Internacional* de Luis Gili, Balmes, 83, Barcelona.

**La Comunión frecuente y diaria y las Congregaciones marianas, por el P. Justo Beguizritáin, S. J.** Opúsculo es este dirigido á los congregantes marianos en cuya primera parte se estudia con detenido examen el amor á la Eucaristía que ha distinguido siempre á las Congregaciones dirigidas por Padres de la Compañía, y en la segunda se acumulan fuertes y poderosos argumentos para que, los alistados en las filas marianas, imiten á sus

antepasados y secunden el pensamiento de nuestro Santísimo Padre Pío X.

Su precio es de 30 céntimos en la Administración de *Razón y Fe*, plaza de Santo Domingo, 14, Madrid.

**El secreto del éxito ó pláticas de quince minutos con los jóvenes de quince á veinte años, por el P. Ruiz Amado.** El P. Amado, celoso siempre de la ilustración, moralidad y honrado porte de los jóvenes á quienes dedica las más ricas producciones de su ingenio, ofrece á cuantos sueñan en un porvenir glorioso el *Secreto del éxito*, que es el libro de los buenos alicientes y de los felices desengaños. Después de prevenirles contra los peligros más comunes que amenazan á su edad les propone el autor la gravísima cuestión de la elección de carrera, y propone los medios más conducentes para llevar su elección á feliz término.

Un tomito en 8.º, con 312 páginas en rústica 2'50 pesetas; en tela inglesa, 3'50; en la Administración de *Razón y Fe*.

**Cruz y Corona, Páginas íntimas de una pobre huérfana por Aurora Lista.** La interesante narración, que muy acertadamente lleva el título de «Cruz y Corona,» es uno de los mejores libros de recreo que pueden ponerse en manos de la juventud.

Por las vicisitudes y cambios experimentados en la accidentada vida

de la heroína de nuestra historia, llama poderosamente la atención y cautiva vivamente al lector, quien al propio tiempo va infiltrándose del espíritu virtuoso que campea en toda la obra.

Forma parte de la conocidísima «Biblioteca del Hogar», y está bien presentada, con dibujos y cubierta á dos colores, dibujada exprofeso.

Se vende á 75 céntimos en rústica y 1'25 pesetas en tela. Pino, 5, Barcelona.

De la misma casa de Barcelona tan digna de aplauso por su propaganda cristiana, hemos recibido un ejemplar del *Catecismo de Ripalda*, con un apéndice donde se exponen brevemente los errores modernos y *La Sagrada Comunión* por Mons. de Segur, un libro más de exhortación á las almas piadosas para la frecuente comunión.

**Por la buena Prensa.** Relativas á la difusión y propaganda de la prensa católica que por la misericordia de Dios va cundiendo y abriéndose paso en nuestra sociedad, se han recibido en esta redacción dos folletos. Lleva el uno por título *Palabras de un Apóstol*, que es una colección de trozos escogidos de las obras del obispo de Jaca sobre el periodismo. Su autor don José María Azara, director de los *Anales del Pilar* ha espigado en los libros del Excmo. Sr. López Peláez lo más llamativo y digno de saberse para que en folleto llegue á manos de todos. Se expende en la Administración ya mencionada.

Con el mismo objeto se ha puesto á la venta en la librería de Badal de Valencia el *Almanaque de la Buena Prensa para 1910* que contiene cuanto los prelados han dicho contra los periódicos anticlericales. Su precio es de 10 céntimos ejemplar.

También hemos recibido los mapas de Segovia y la Coruña del *Atlas geográfico pedagógico de España* que publica en Barcelona A. Martín, Consejo de Ciento, 140, y el opúsculo de *Acción católico-social* del R. P. Guillermo Vives, S. J.

**Biblioteca «Patria».** Traducida del francés, en limpia prosa castellana, por María de Perales y González Bravo —que si conoce el idioma de que traduce, mejor conoce el idioma en que vierte— la *Biblioteca «Patria»* acaba de poner á la venta una novela corta *María Magdalena*, original de Madame D'Arbonville.

Si bien contra la producción francesa en general, por perniciosa á las costumbres y disolvente en punto á ideas, existe una marcadísima prevención en el público español, no dudamos en recomendar se prescindiera de todo escrúpulo en la lectura de *María Magdalena*, libro de espíritu católico y de moral la más rigurosa. Lleva la garantía de la *Biblioteca «Patria»* que la publica.

*María Magdalena* es un sencillo relato que ejemplariza y que conmueve. Además encanta su lectura, por la primorosa forma literaria en que está escrita.

Pídase en todas las librerías de España y América al precio de una peseta.

El precio de la colección de 50 tomos publicados por esta popular Biblioteca es el de 32'50 pesetas al contado, y el de 40 pesetas pagaderas en ocho plazos mensuales de 5 cada uno: condiciones que ninguna otra ofrece al público.

Para recibir los dichos 50 tomos, basta dirigirse al administrador de la Biblioteca, Paseo del Prado, 30, Madrid.



## Crónica Carmelitana

**De Madrid.**—R. P. Director de EL MONTE CARMELO: N. M. R. P. General, reconocido á las demostraciones afectuosas con que distinguen los Serenísimos Infantes, Fernando M.<sup>o</sup> y M.<sup>a</sup> Teresa á nuestra Descalcez Carmelitana, ha querido mostrarles en nombre de la Orden su gratitud con un presente, modesto sí fijando la vista en el metal externo y reducidas dimensiones del objeto artístico, pero valioso y del más subido precio que la Orden posee en los tesoros de sus santas reliquias.

Es casi proverbial la devoción y cariño de la Infanta María Teresa para con la insigne española é intrépida reformadora del Carmelo. Una reliquia de su Santa protectora, por muy pobre que sea el engaste en que vaya incrustada, seguramente había de halagar sus más vivos entusiasmos para con la Santa Madre; N. R. P. General había acertado á complacer la acendrada piedad de su Alteza que tanto gusto experimenta en todo lo teresiano.

La reliquia de la Santa es un trozo del *radio* de uno de los antebrazos, y todavía conserva un jugo viscoso y fresco, cual si respirara en él aquel gran espíritu de la Santa Madre moviéndole para escribir las páginas de oro de sus escritos. Hace juego con este hueso otro de N. Sto. Padre Juan de la Cruz, que, según autoridades competentes, es una partecita del *fémur*; su aspecto no es tan vivo como el de la Santa, por habérsela destinado para infundirlo, al parecer, en agua ó en algún otro líquido; pero está muy bien conservado y entero.

Ambas reliquias van encerradas en un modesto relicario de plata, de reducidas dimensiones; pero muy bien proporcionado, y trabajado con exquisitez y buen gusto.

Sobre elegante pie y artística base de formas cilíndricas está montado el anillo en que se veneran las reliquias, ceñido, á manera de rosetón, de bonitas rosas en orden conveniente distribuídas y colocadas como en sus propios marcos en lunetas simétricas. Corona el trabajo el escudo de la Orden de Carmelitas Descalzos. Las reliquias están ligadas á planchas circulares de plata bruñida y protegidas por cristales de forma convexa.

Al rededor lleva esculpida en forma de corona esta *Inscripción Dedicatoria*: S. CARM. (EXC.) ORDO SS. HISP. INF. F.<sup>o</sup> M. × ST. THERES. Á I × en el un lado; y en el opuesto continúa: ET.<sup>o</sup> M. THERES. GRATUS—27-10-1909 ×S. JOAN Á CRUCE×que vertido á nuestro romance castellano, se lee así: *La Orden de Carmelitas (Descalzos) agradecida, á los Serenísimos Infantes*

de España, Fernando M.<sup>a</sup> y M.<sup>a</sup> Teresa—27 de Octubre de 1909. × Santa Teresa × San Juan de la Cruz.—Suyo afmo., FR. JOSÉ LEÓN DE LA I. C., C. D.

**Vitoria.**—*En honor del Niño Jesús de Praga.*—*Heraldo Alavés*, diario católico de la capital alavesa, en su número correspondiente al 17 de Enero, reseña los cultos celebrados en la iglesia del Carmen de Vitoria en los siguientes términos: «Ayer tuvo lugar en el hermoso templo de los PP. Carmelitas, el suntuoso é interesante final del novenario dedicado á honrar al Niño Jesús de Praga por los niños y niñas de los colegios de la ciudad.

»Por la mañana á las diez se celebró la misa mayor, cantando los niños la de *Angelis* alternando con el coro. Todas las naves de la amplia iglesia se vieron llenas de fieles que profesan devoción honda al Niño Jesús de Praga.

»A la tarde comenzó el acto rezándose el Santo rosario. Después ocupó la sagrada Cátedra el R. P. Marcelo, improvisando una oración oportuna, en la que indicó el programa que debe desarrollarse en la educación de la juventud, haciéndola crecer en sabiduría y en virtud. Terminada su brillante peroración recitó, contestándole los niños, la Consagración al Divino Infante, después de la cual cuatro niños recitaron desde el púlpito bellísimas poesías, y otro niño un discursito en prosa.

»Todos agradaron sobremanera; diéronse vivas á la Virgen del Carmen y á los niños de Vitoria. Cantado por todos los Colegios el *Adios*, las niñas entonaron una despedida al Divino Niño que llamó poderosamente la atención por su terneza y dulzura.»

**Tarazona.**—En las Carmelitas Descalzas de S. Joaquín de Tarazona, se celebró el día del Dulce Nombre de Jesús, una fiesta tan interesante como simpática. Se trataba de honrar al Divino Infante de Praga en agradecimiento por beneficios recibidos; y el orador Sagrado D. Bernardo Aroz, Beneficiado de la S. I. C. con su notable discurso; las Religiosas interpretando con suma perfección la Misa cuarta de Haller, y los fieles, siempre entusiastas del Niño Jesús de Praga, contribuyeron fervorosamente á propagar devoción tan carmelitana y tan española. Una distinguida Srta. á quien los reveses de fortuna han obligado á utilizar por necesidad, lo que por lujo aprendiera, agobiada por el infortunio, encomendó la empresa de sus labores al Niño Jesús de Praga, con tal éxito que hoy sostiene ventajosamente un importante y célebre taller de bordados, con más de 30 oficialas que orando y cantando consagran sus horas de trabajo á una Imagen del Divino Niño artísticamente colocada en medio del taller.

En la tarde del mismo día, celebraron las Carmelitas su ejercicio mensual, dirigiendo al numeroso auditorio una elocuente plática henchida de amor á Jesús de Praga y celo de su gloria, el M. R. P. Provincial de los Agustinos Recoletos Fr. Santiago Matute, harto conocido en el mundo de las letras por sus notables escritos.

**Alba de Tormes.**—En esta religiosa villa venía celebrándose de muy atrás solemne octavario al Niño Jesús desde el día de la Natividad al de la Circuncisión. Los Padres Carmelitas de Alba, en vista del incremento que la devoción al Niño Jesús de Praga va tomando en España, hanse aprovechado de estos cultos anuales que en su iglesia se celebran

para instalar la Archicofradía y nombrar Junta Directiva, y lo han conseguido con gran éxito. El octavario ha resultado muy solemne y sobre toda ponderación grandioso el triduo con que terminó. Todos los niños y niñas de Alba han acudido á las hermosas funciones y han cantado con entusiasmo sin igual, himnos, villancicos, despedidas, motetes al Smo. Sacramento durante la Comuni3n General, la Misa de Angeiis que la repitieron otros tres días, y una infinidad de cantos al Niño de Praga.

El último día la funci3n fué mucho más solemne. Durante la misa de Comuni3n, el R. P. Sim3n preparó á los niños con ternísimos fervorines para el acto sagrado que iban á realizar; los niños entonaron con gusto el *Adoremus Sanctissimum Sacramentum* y *Laudate Dominum omnes gentes* antes de la Comuni3n, y la preciosa letrilla *Al Dios escondido*, después de ella.

En la funci3n de la tarde, después del brillantísimo y muy oportuno serm3n del P. Sim3n, diéronse notas muy simpáticas en la iglesia del Carmen; tres niñas subieron al presbiterio para declamar con los primores de la inocencia sentidas poesías al Niño Jesús entre la emoci3n y lágrimas de los circunstantes; un niño desde el púlpito hizo el acto de consagración, terminando el acto con la adoraci3n del Niño y cánticos sin fin.

Rifáronse después algunos objetos, entre los niños y no hay que decir que el entusiasmo entonces rayó en delirio.

La Junta Directiva promete mucho de su piedad, celo y devoci3n al Niño Jesús de Praga.

El la bendiga juntamente con toda la Asociaci3n.—*El corresponsal.*

**Burgos.**—También en esta religiosa ciudad de Burgos, va aumentando cada día la devoci3n al milagroso Niño Jesús de Praga. Prueba de ello el solemne novenario y triduo que acaba de celebrarse, reseñando el cual se expresa así un diario cat3lico de esta ciudad:

«Con la solemnísimas funci3n de ayer tarde, 16 terminó el novenario y triduo que la Archicofradía del Niño Jesús de Praga ha celebrado en honor del divino Infante.

»Comenzó la novena el día 8, para terminar el día 16, festividad del Dulce Nombre de Jesús, titular de la Archicofradía.

»Vióse esta concurrida todas las noches, y el P. Director hubo de determinarse á dirigir cada día una plática sobre las virtudes del Niño Jesús de Praga, que unida á los preciosos motetes cantados en los intermedios, hicieron un acto sumamente agradable.

»Mayor solemnidad revistió el triduo en sus dos primeros días, viernes y sábado. En ellos la concurrencia fué más numerosa, la Junta Directiva presidió la funci3n, el altar mayor con bien combinada iluminaci3n y adornos de exquisito gusto, y la imagen bellísima del Niño Jesús en el tabernáculo, ofrecía un aspecto de pura emoci3n; centenares de niños de la Archicofradía entonaban preciosos himnos y despedidas á su dulce Jesús; los PP. Carmelitas Segismundo de S. Luis Gonzaga y Eduardo de Sta. Teresa en sus magníficas oraciones sagradas cantaron las glorias de Jesús de Praga, el primero ponderando las grandezas y poder del santísimo nombre contra todos sus enemigos, y el segundo in-

culcando con verdadero celo las obligaciones de padres é hijos basadas en las saludables enseñanzas del catecismo.

»Pero sobre toda ponderación fué extraordinaria la fiesta de ayer. La misa de comunión general celebrada á las ocho de la mañana estuvo muy concurrida.

»A las once de la mañana, con un lleno completo, daba comienzo la misa mayor, en la que ofició el R. P. Prior de la Comunidad, y los niños de la Archicofradía, alternando con el coro de la Comunidad, cantaron primorosamente la misa de *Angelis* y un himno brillante al final.

»Por la tarde, á las cinco y media, bajo la presidencia del Excelentísimo é Ilustrísimo señor Arzobispo, se rezó el santo rosario y se hizo el ejercicio del triduo; acto continuo ocupó la sagrada cátedra el R. P. Silverio de Sta. Teresa, quien desarrolló con gran oportunidad, acierto y valentía la tesis siguiente: «Guerra que la impiedad hace á la niñez». Grandes elogios hemos oído de esta hermosísima oración.

»Hízose después el acto de consagración de la infancia al Divino Niño de Praga por el padre director, después del cual, el excelentísimo señor Arzobispo dió su bendición al pueblo, viéndose rodeado de la inmensa multitud de niños y pueblo, que se agrupaba á su alrededor para besar su anillo pastoral, mientras cantaba con verdadero entusiasmo é incansable fervor himnos y plegarias al Divino Infante de Praga.»

#### **NECROLOGÍA.**—Han fallecido:

—En Aranjuez (Madrid) la religiosa concepcionista descalza, Sor María Francisca de la Ascensión, el día 15 del pasado Diciembre, á los 61 años de edad y 45 de religión.

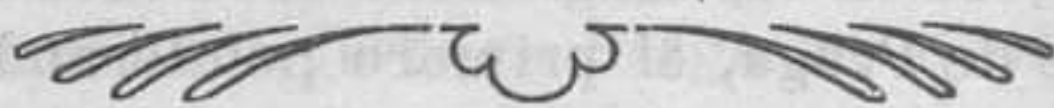
A sus hermanos, nuestros buenos amigos, D. Angel y D.<sup>a</sup> Micaela Zamora, y hermana política D.<sup>a</sup> Natalia Izquierdo significamos la expresión de nuestro dolor.

—En Corias (Asturias), el día 19 de Enero, la virtuosa señora Doña Emilia Abello, madre de la Rda. M. Priora de las Carmelitas Descalzas del Corpus Christi de Alcalá de Henares, y de la H.<sup>a</sup> Teresa de Jesús María, de la misma comunidad á quienes enviamos el más sentido pésame.

—En Burgos, después de larga y penosa enfermedad sufrida con heroica paciencia y resignación, el presbítero Dr. D. Tiburcio Peña y Gómez, cura párroco de San Lesmes, de esta ciudad, el día 24 de Enero, á los 62 años de edad.

La comunidad del Carmen contó siempre entre sus más afectos y sinceros amigos al benemérito y ejemplar sacerdote, de vasta cultura é ilustración nada vulgar que, unidas á una sólida virtud empleada con gran edificación en su delicado y espinoso ministerio, le habrán merecido la corona de la gloria, como le merecieron en vida la admiración, respeto y simpatía de cuantos le conocieron y trataron.

Descanse en paz nuestro llorado amigo y reciba su atribulada familia nuestro más sentido pésame.







## Crónica General

---

**La verdad.**—*Las escuelas laicas.*—El gobierno va muy despacio en esto de la apertura de las escuelas laicas. Es muy probable, sin embargo, que se abrirán, si no todas, muchas de ellas, aun cuando en éstas se ataque, por supuesto, al dogma y á la moral; porque ante todo y sobre todo hay que mantener en vigor la libertad de enseñanza establecida y sancionada nada menos que por la liberalísima constitución de España. Y ¡quién lo creyera! No hace muchos días se lamentaba el gobernador civil de Barcelona de los elementos de la izquierda, porque esos buenos é ilustres señores que tanto habían censurado al gobierno por mostrarse tan indiferentón en la batallona cuestión de las escuelas clausuradas, no habían acudido á la información abierta para deliberar sobre la conveniencia de abrir ó mantener cerradas esas escuelas, habiéndolo hecho en cambio los de la derecha. Sobrada razón tenía para lamentarse; sin aquellos elementos; quién defenderá ante el gobierno liberal la libertad de enseñanza que tanto honra á las naciones todavía no *europizadas* por la maléfica influencia de la reacción?

Pero hay que decir la verdad, pese á quien pese. A esto y no á otra cosa se ordenan esos expedientes de información: á justificar la apertura de esas escuelas de perdición, ateísmo y barbarie ante el Episcopado español que tan digna, razonada y enérgicamente protestó. Y el pretender justificar por esos medios la apertura de las escuelas ¿no es rebajar ya el mérito y autoridad indiscutible que sólo el Episcopado goza cuando se trata de enseñanza buena ó mala, religiosa ó atea? La Iglesia tiene perfectísimo derecho á que en España, nación católica por excelencia, no se enseñe más doctrina que la religiosa, esto es, aquella que en todo se conforme con el dogma y la moral del Evangelio; y España, asimismo, tiene derecho á que en los expedientes de información sobre la apertura de las mencionadas escuelas no se prescinda de los hechos que tanto nos deshonraron ante el mundo civilizado, y de la causa que ahogó en los incendiarios hasta los sentimientos de humanidad. Si el gobierno, después de las lecciones dadas por los revolucionarios durante la *semana negra*, consiente la apertura de las escuelas laicas,—llámense irreligiosas, ateas—sobre cometer un gravísimo atentado contra la culta y noble ciudad de Barcelona que también protestó el domingo pasado, inauguraría su más furibunda campaña contra la Iglesia católica.

**El Episcopado y la Prensa.**—La importante ilustración católica «El Buen Consejo» publicó en sus números 1.º y 2.º del corriente dos cartas que á su nuevo director Sr. Méndez Gaite le fueron dirigidas por los Rvmos. Prelados Sr. Peláez, Obispo de Jaca, y Emmo. Cardenal Aguirre, Primado de España.

Son del primero los siguientes párrafos:

«Dicen ustedes que vienen al consabido estadio del periodismo para defender la Iglesia y combatir á la prensa mala. Muy bien. Pero la defensa ha de ser donde es el ataque.

A la Iglesia se la ataca, no al escribir é imprimir lo escrito, sino al hacer que el impreso se lea; y hácela de defender, más que en las sacristías y en los locutorios, en las tabernas y en los casinos y donde quiera que el periódico enemigo de la religión causa sus terribles estragos. Entre escribir un artículo y echarlo al cesto donde nadie lo ve ó echarlo á las máquinas para que salga en un periódico donde no lo lee nadie más que aquellos que para nada lo necesitan, no veo gran diferencia. Bien está el combatir la prensa mala. Pero no recibirá gran daño, ni aún se enterará del fiero y descomunal combate, como no se consiga que sus lectores se convenzan de que es mala la que llamamos mala, y la dejen para leer la nuestra. Dijo Balmes, y lo dijo antes el Espíritu Santo, que hay que vencer el mal con la abundancia del bien. A la prensa mala se la vencerá ofreciendo á sus partidarios y á los que se hallen en peligro de serlo, otra que en todo menos en maldad la supere.

Escriban ustedes para el pueblo: que á los eclesiásticos ni nos hace falta ni creo que nos convenga mucho leer periódicos; y si no saben hacer que el pueblo les lea... no escriban. Es un enfermo; trátenle con el amor y las precauciones que su estado exige; no le den alimentos tan sólidos que su estomago no los resista: no pongan ante sus ojos luz tan viva que los deslumbre; infundan en sus llagas no hiel y vinagre, sino el suave aceite del buen Samaritano. Estudien sus gustos é inclinaciones para no irritarle sin motivo y para hacer que tome la medicina sin repugnancia. No luchen contra la corriente: serían arrastrados; encauzarla es lo preciso. Cuando cojan la pluma, piensen en el fin que se proponen y en los medios para realizarlo. Sin duda por no hacerlo así, gran parte de nuestra prensa, que parece escrita por los habitantes de la luna, forma con el pueblo dos líneas paralelas que nunca se encuentran, y como dos corrientes, una de aceite y otra de agua, que no se compenetran nunca.

Tengo para mí que el mayor enemigo de la buena prensa son sus redactores, en su mayoría. Nadie pone en tela de juicio la rectitud de su intención, «pero la intención no basta». Antiguamente nadie cosía zapatos ni rapaba barbas sin probar su suficiencia; no sería providencia descabellada el que no se dejara hacer de periodista católico al que no se hubiese examinado ya que no de católico, por lo menos de periodista.»

La carta del Primado que copiamos íntegra es la siguiente:

«Me piden ustedes unas líneas para «El Buen Consejo», y yo no sé negarme á su petición.

Que existe una prensa que va socavando las bases de la sociedad, y que intenta minar los cimientos de la Religión, es un hecho innegable.

¿Cuáles son nuestros deberes ante esa prensa?

¿Elevar preces al Cielo por la Iglesia y por la Patria combatidas?

No basta.

¿Esperar, cruzados de brazos, que el enemigo arranque, sin lucha, de nuestras manos la bandera gloriosamente enarbolada durante tantos siglos?

Esto sería poco honroso.

¿Dormirnos al murmullo de la pueril esperanza de reedificar una sociedad ideal sobre las ruinas humeantes de la que ahora existe?

Tal proceder, ni es honroso ni es sabio.

¿Contemplar, en fin, impasibles la desaparición de la fe, la corrupción de las costumbres, el olvido de nuestras antiguas tradiciones?

Esto, ni es honroso, ni sabio, ni cristiano.

¿Qué hacer, pues?

Una guerra defensiva y ofensiva. Contestar á la lucha con la lucha. Al periódico malo oponer los periódicos buenos. Responder á la propaganda del error con la difusión de la verdad y al desbordamiento del mal con la abundancia del bien.

Si no queremos ver hundirse entre sangre y cieno muchas cosas que amamos, hay que fomentar la prensa católica.

Haciendo esto, llevaremos á cabo una obra de *higienización* moral absolutamente necesaria para contrarrestar la mortífera influencia del más peligroso de todos los venenos: el que mata las almas.

Y todos podemos colaborar en esta empresa de saneamiento.

El escritor, con su pluma.

El rico, prodigando sus larguezas.

El que no tenga otra cosa, con su buena voluntad y su propaganda.

Muchas catedrales españolas no se habrían levantado sin los donativos de nuestros reyes y sin el genio de nuestros maestros; pero tampoco sin el óbolo de los pobres y sin el humilde trabajo de los oficiales y de los peones.

En el engrandecimiento de la prensa católica todos podemos ser útiles.—† EL CARDENAL AGUIRRE.»

**Nota política.**—No hablemos hoy de asuntos políticos. El Sr. Moret con su política de balancín, sin avanzar ni retroceder, sin disolver las cortes ni convocar á nuevas elecciones después de tres meses en el poder y acariciando á dinásticos y á revolucionarios, nos disgusta y nos pone mal humorados. Y hoy no debemos mentar cosas tristes; debemos dejar á un lado la política y hablar del recibimiento hecho á las tropas que han regresado de Melilla. El día 22 entró en Madrid la brigada de Cazadores, y á darles la bienvenida fué todo el pueblo, altos y bajos, ricos y pobres, ilustrados é ignorantes, tomando todos parte activa en ese homenaje justo que se debe á los defensores de la patria en tierras africanas. No han vuelto el general Pintos que salió de Madrid al frente de la brigada, ni el inolvidable Ibáñez Marín á la cabeza del batallón de Figueras, ni Ortega mandando Arapiles ni Palacios á las Navas: éstos y otros muchos caudillos y soldados dejaron en el barranco del Lobo y en las cañadas del Gurugú sus despojos acribillados de balas; pero al fin, derramando su sangre, han triunfado las armas españolas, y en el Gu-

rugú, protegiendo las tumbas de los que murieron, ondea la bandera española.

En el recibimiento hubo notas muy cristianas y simpáticas. Al llegar las tropas al Gobierno civil salió á saludarles la Diputación con el gobernador al frente. Entre la comitiva estaba el Sr. Obispo de Madrid-Alcalá. Al verle el general Tovar, dirigió su caballo hacia él quedando ambos frente á frente y rodeados por los maceros y diputados provinciales.

El obispo, con voz velada por la emoción, saludó al general Tovar, diciendo que la Iglesia rezó durante toda la campaña para que Dios protegiese á los soldados que en Africa luchaban por el honor español y hoy, cuando vuelven triunfantes, sale á recibirlos con los brazos abiertos para bendecirles, deseando que el alto ejemplo de abnegación, valor, y sacrificio dado por las tropas españolas sirva de ejemplo á las futuras generaciones.

A esta salutación respondió brevemente el general Tovar, diciendo que, tanto él como sus tropas, fueron á Melilla decididos á defender la bandera de la Patria, y que al regresar, después de haber cumplido tan altísimo y sagrado deber, agradecen con toda el alma las manifestaciones de cariño que les hacen la Iglesia y el pueblo, y termina pidiendo al obispo que bendiga á las tropas expedicionarias. Levanta el obispo de Madrid-Alcalá su brazo y bendice al general Tovar, que se inclina para recibir la bendición.

Las bandas de los batallones infantiles de Santa Cristina y el Hospicio entonan la Marcha Real, y el obispo, con voz firme y segura, grita: ¡Viva el Ejército y el general Tovar, viva España!

Sin embargo, el recibimiento hecho á las tropas, si fué entusiasta, no resultó lucido y grandioso. Deseando los organizadores del acto llegar á la unión física y material del Ejército y el Pueblo, permitieron que los paisanos invadieran totalmente el trayecto, impidiendo á la vez el desfile marcial de las tropas, y así lo que pudo ser una fiesta militar y patriótica, un desfile brillantísimo, sin igual, de nuestras tropas, digno de ser visto por los más ilustres representantes extranjeros, se convirtió por obra y gracia de los gobernantes que no cubrieron la carrera, en un espectáculo que ha sido muy censurado de las personas sensatas y allegadas al gobierno. Al otro día de la entrada en Madrid de los cazadores, fiesta onomástica del Rey de España, se ascendió á Capitanes Generales á los Tenientes Generales Weyler y Polavieja, se concedieron cruces y distinciones á políticos afamados y hubo indultos, gracias y condecoraciones á granel. A Maura le anunció oficialmente el gobierno que se le daría el Toisón de oro, pero el jefe del partido conservador respondió que nones, que se conservaba firme en su implacable hostilidad al gobierno que subió al poder en brazos de los revolucionarios y está ligado á ellos con compromisos.

---

**LA MARGARITA EN LOECHES**  
**ANTIBILIOSA, ANTIHERPETICA, ANTIESCROFULOSA, ANTIPARASITARIA**  
**Y EN ALTO GRADO RECONSTITUYENTE**

Según la PERLA DE SAN CARLOS, Dr. D. Rafael Martínez Molina, con esta agua se tiene la salud á domicilio.

En el último año se han vendido más de DOS MILLONES de purgas.

La clínica es la gran piedra de toque en las aguas minerales, y ésta cuenta CINCUENTA AÑOS DE USO GENERAL Y CON GRANDES RESULTADOS para las enfermedades que expresa la etiqueta y hoja clínica que se da gratis.

Depósito central: Madrid, Jardines, 15, bajo, derecha, y también se vende en todas las farmacias y droguerías. Su gran caudal de agua permite al

GRAN ESTABLECIMIENTO DE BAÑOS

estar abierto del 15 de Junio al 15 de Septiembre.



Para obtener buenas imágenes, altares, púlpitos, custodias, y todo lo concerniente al culto religioso, así como acabadas restauraciones en dichas obras, acudid á los

**Acreditados Talleres de Escultura Religiosa**

DE

**JOSÉ GERIQUE CHUST**

PREMIADO EN LA EXPOSICIÓN EUCARÍSTICA NACIONAL DE 1893

CALLE DE CABALLEROS, NÚMS. 10, 12 Y 14

VALENCIA, (España)



**CHOCOLATES**

DE

**QUINTIN RUIZ DE GAUNA**

**VITORIA (ÁLAVA)**

Imágenes y altares. Para adquirirlos recomendamos

los acreditados Talleres de escultura de **José Romero**

Calle de Alboraya, 29, Valencia (España).

PÍDASE EL CATÁLOGO.

# Blanqueadores de cera en gran escala

Fábrica á vapor de todo lo concerniente al ramo de cerería. Especialidad en velas fabricadas para el culto con ceras cuidadosamente seleccionadas, empleando un privilegiado pabito de resultados tan excelentes que arden las velas con luz clarísima sin oscilaciones, y con tal limpieza que ninguna se corre.

Envíos á provincias libre de portes y embalajes.

**Casa fundada el año 1780**

## JOSE DE LA MORENA URAIN

PALOMA, 20, BURGOS.



UNICA FÁBRICA exclusiva \* \* \* \*

\* \* para COMUNIDADES RELIGIOSAS

Paños, sayales, estameñas, bayetas, buratos y toda clase de géneros fabricados exprofeso para cada Orden Religiosa, según prescribe su Santa Regla.

Se mandan gratis todas las muestras que se soliciten.

Fábrica \* en Sabadell **J. OLIVERAS ABADAL** Almacenes y despacho **ARIBAU 106. BARCELONA.**

RELOJERIA DE DANIEL PEREZ CECILIA

Relojes CECILIA y de cuantas marcas se deseen

Despertadores de bolsillo en clases buenas y baratas de mucha utilidad para religiosos.

Reguladores de pared con grandes y potentes sonerías, propios para iglesias y conventos.

Todos los relojes de esta casa, pasando de 15 pesetas, son de clases muy buenas, admirables resultados, alta precisión, solidez y garantía.

Indicando el precio se remiten los relojes por correo, con el aumento de una peseta cincuenta céntimos, como objeto asegurado.

El mejor anuncio para esta casa es la buena marcha de los relojes que vende y sus precios excesivamente baratos.

**ESPOLÓN 2 y 4.—BURGOS**